

SECCION DOCTRINAL (1)

LA POBLACION

- I. Leyes á que está sometida la poblacion; obstáculos *preventivos y represivos*.—
 II. Doctrina de Malthus en esta materia; la poblacion crece en progresion geométrica y las subsistencias en proporcion aritmética.—Necesidad de la *restriccion moral*.—Obstáculos naturales, que contienen el aumento de aquella.—
 III Exámen de esta doctrina: circunstancias que en ella influyeron; existen causas naturales de los males de la sociedad independiente de los actos de los gobiernos.—Ejemplo de Inglaterra opuesto á los principios malthusianos.—Lo que ha quedado de esta doctrina.—IV Qué se entiende por estado de colonizacion: colonizacion actual del globo: Europa, Africa, Oceania, Asia y América.—Déficit de poblacion del mundo habitable.—La colonizacion está comenzando.

Take care of production; population will take care of itself.

Malthus.

I

El estudio de las leyes por las cuales se rige la poblacion interesa bajo dos aspectos: necesitamos comprender las causas, por las cuales aquella aumenta con tal rapidez en las colonias modernas, que alguna de Australia la ha duplicado en el corto período de cinco años; y los Estados-Unidos, en veinticinco; y al propio tiempo debemos estudiar las causas y los efectos de las emigraciones en los Estados de donde proceden. Solamente la primera de estas materias será objeto del actual estudio.

Los naturalistas afirman, refiriéndose á las especies animales, que el número de sus individuos en cada una

(1) Añadimos hoy medio pliego extraordinario á nuestra publicacion.

Con el presente número se termina el 2.º tomo de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD; y con él damos á nuestros lectores el índice general de materias, y la cubierta correspondiente para su encuadernacion. Creemos que el público verá confirmado prácticamente cuanto le ofrecimos un año hace. De LA HOJA POPULAR repartimos gratis 46,000 ejemplares cada mes, que son distribuidos por manos celosas é inteligentes. Esta voluntaria y honrada cooperacion como la de los constantes asociados, y suscritores de la revista, nos alienta á proseguir en la noble, y hoy ardua, tarea, en que estamos empeñados. Los tomos 1.º y 2.º, de 748 paginas cada uno, hallanse de venta en esta administracion y en casa de sus corresponsales, segun se anuncia en la cubierta.

de ellas está limitado por la cantidad de alimentos que el territorio que ocupan les suministra en una mala estación; los individuos que exceden de aquel número no pueden vivir, y están fatalmente condenados á muerte. Esta ley no es por fortuna aplicable á la especie humana: regida por una voluntad libre y razonadora, más ó menos fuertemente contenida por las leyes civiles y religiosas, por la opinion y las costumbres á que esas leyes obedecen, y por la prudencia individual, la reproduccion de nuestra especie suele limitarse, conforme los datos que la estadística suministra, á cuatro hijos por cada matrimonio, y en algunos países cuya poblacion aumenta con excesiva lentitud, á dos.

Existen, pues, obstáculos que limitan ó contienen la facultad reproductiva del hombre, los cuales son de dos clases: *preventivos*, cuando tienden á disminuir el número de nacimientos, y *represivos*, cuando impiden que los nacidos lleguen á pleno desenvolvimiento: ambos están sometidos á la voluntad humana, que así puede, si la prudencia lo aconseja, moderar la union de los sexos y limitar el número de nacimientos, como verificar un esfuerzo y aumentar por medio de la produccion, la cantidad de los *medios de existencia*, neutralizando ó anulando la accion de la segunda clase de obstáculos citados, entre los que el principal es la *miseria*. A este fin tienden igualmente las precauciones adoptadas por los Estados contra el hambre, la peste y la misma guerra; de manera que, si se exceptúa la negligencia involuntaria ó criminal de los padres en la crianza de la prole y la *miseria*, puede decirse que la mayor parte de los obstáculos represivos del aumento de poblacion, van desapareciendo en las sociedades modernas. La colonizacion y la emigracion su agente, son seguramente los medios naturales más eficaces para producir el aumento de aquella en todo el globo, á la par que el de las subsistencias; por lo

cual habremos de dedicar algunas páginas en LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD al estudio de tan importante materia.

II

La poblacion es como la sustancia de una sociedad; á ella se refieren, y por ella se verifican los hechos que afectan á la produccion y á la distribucion de la riqueza. Por largo espacio de tiempo, el aumento progresivo del número de habitantes de un país fué considerado signo y prenda de la prosperidad pública; pero á fines del siglo último, un economista inglés, Malthus, demostró que no es el país más poderoso ni el más próspero el más poblado, sino aquel que mejor mantiene á su poblacion y en el que esta se halla en debida proporcion con los medios de *existencia*. Partiendo del hecho, ya observado por Hume y Adam Smith, de que todos los seres animados tienden á multiplicarse indefinidamente, é invocando el ejemplo, en verdad especialísimo, de los Estados Unidos, donde la poblacion se duplica en veinticinco años, Malthus dedujo, que si el desarrollo en la primera no era contenido por ninguna causa externa, se verificaria con una rapidez representada por la progresion geométrica 1: 2: 4: 8: 16, etcétera. Al mismo tiempo, sentaba que, aun admitiendo las más favorables circunstancias, no seria posible aumentar en igual proporcion los medios de existencia, logrando, cuando más, acrecentarlos en la proporcion aritmética 1: 2: 3: 4,—etc. Y combinando ambas proposiciones, á saber, que la poblacion tenia una fuerza de expansion indefinida y que el aumento de las subsistencias era muy limitado, Malthus deducia que llegaria un momento en el que la poblacion, excediendo de sus límites normales, seria contenida por la insuficiencia de sus recursos, y que tan brusca reduccion no podria verificarse sino á costa de grandes desastres. No por esto dejaba de reconocer que, habitualmente, el progreso inde-

finido en la población no se verifica con la energía que la teoría indicaba como posible, y dividía en tres clases las causas principales que retardan aquel movimiento. Estas tres causas son: la desgracia, el vicio y la prevision humana. Y con la expresión genérica «desgracia» el economista inglés designaba las causas accidentales de aumento de la mortalidad, tales como las epidemias, la guerra, carestía, etc.; y bajo el nombre también genérico de «obstáculos destructores» comprendía al vicio y á la desgracia, que producen el mismo resultado de acortar la duración natural de la vida humana. El tercer obstáculo al desarrollo de la población, que Malthus llamaba *privativo*, depende exclusivamente de la voluntad del hombre, y consiste «en la abstinencia del matrimonio junta con la castidad,» materia en la que advertía con nuestro Rioja (1) que las clases pobres son ménos previsoras que las acomodadas.

Tales eran el principio y las consecuencias de la teoría de Malthus, con frecuencia mal interpretada; doctrina que, si errónea en el fondo, como veremos pronto, contenía una máxima verdadera: la de que no debe juzgarse de la prosperidad de un Estado por su densidad de población, puesto que vale más un millon de ciudadanos válidos y activos, que vivan laboriosa y desahogadamente, que dos millones de individuos que vivan penosa y miserablemente, cualquiera que sea la causa de la falta de los medios de existencia. No negaba por eso Malthus que mientras un Estado no contenga, proporcionalmente á su extensión, un número de habitantes suficiente para que puedan sacar partido de los recursos del territorio, el interés de la prosperidad pública exige que la población siga su curso natural. En una palabra, de la doctrina del economista inglés se deduce, que el exceso y la insufi-

(1) ¡Qué vale ¡oh pobrest! levantaros tanto!
Mirad que es necio error, necia contienda, etc. (*Epistola moral.*)

ciencia de poblacion tienen inconvenientes graves para el bienestar y la riqueza de los pueblos; como tambien que la regla de conducta de un gobierno debe ser la de abstenerse de medidas que artificialmente exciten ó contengan el movimiento de la primera (1).

III

La crítica imparcial alega en defensa de lo que la teoría de Malthus, y todavía más que ella, el rigor con que aparecia formulada, contenian opuesto al espíritu cristiano, y á los sentimientos de justicia y humanidad, que era una doctrina de reaccion contra otra obra que habia excitado gran interes en Inglaterra, y en la cual su autor, el economista Godwin, atribuía los males sociales casi exclusivamente á la imperfeccion de las instituciones políticas, y á los vicios de los gobiernos, conforme á la sabida máxima de Rousseau, «que todo es bueno al salir de manos del Creador, y se perversa en las de los hombres.» Por esto decia Malthus en sus últimos dias, y despues de haber borrado de su *Ensayo sobre la poblacion*, algunos de los párrafos que habian parecido más fatalistas, «que, encontrando el arco demasiado corvo en una direccion, se habia visto precisado á encorvarlo en la direccion opuesta, para aproximarse á la línea recta (2).» La situacion política de Inglaterra en la época en que vió la luz la obra de Malthus, y el desvío que al pueblo británico inspiraban la revolucion francesa y los principios que proclamara, influyeron en el efecto que aquella produjo en la patria del autor; mas una prueba, acaso la más concluyente, de que la doctrina de aquel economista no era en el fondo verdadera, nos la suministra hoy la misma Inglaterra, que sin cuidarse mucho de la *restriccion moral* que aquel predicaba, ni de su libro, poco estimado en el

(1) M. Block: *Statistique de la France*, tomo II, pág. 169 y siguientes.

(2) Blanqui: *Histoire de l'Economie politique en Europe*, tomo II, xxv.

diá en aquel país, ha duplicado su poblacion desde que el último salió á luz; y en donde el término medio de los hijos de cada matrimonio, se calcula en cinco, miéntras en Francia, donde Malthus sigue disfrutando crédito, se calcula solamente en dos, y la poblacion necesita ciento ochenta años para aumentar al duplo. Verdad es, que sin los seis millones de súbditos británicos que la emigracion y la colonización, tan naturales al pueblo inglés, han arrancado á éste, y sin los mercados que han proporcionado á su produccion fabril y á su comercio, Inglaterra hubiese atravesado quizás crisis muy duras y no gozaria de tanta prosperidad: razon por la cual no debe copiarse servilmente el modelo que ofrece, sin procurar al mismo tiempo asimilarse su genio colonizador y su aptitud para la emigración.

Examinada en sus principios esenciales la doctrina malthusiana sobre poblacion, sugiere las siguientes objeciones:

Primera: no es exacto que la poblacion aumente en una proporcion geométrica: ni aún tomando como tipo los Estados-Unidos, en los que duplica cada veinticinco años, ó la Australia, que en algun período de su breve historia la ha duplicado en cinco años, aquella proporcion se verifica, porque en ambos países la emigracion europea, causa excepcional, ha tenido la mayor parte en el aumento. Además, de adoptar esos tipos, habria que reconocer, que las subsistencias crecen tambien en una proporcion geométrica, aún con mayor seguridad que la poblacion, puesto que ambas colonias (que los Estados-Unidos siguen siéndolo de Inglaterra, aún despues de su independencia) no sólo proveen abundantísimamente de medios de subsistencia á sus habitantes, sino que exportan cantidades muy considerables de primeras materias de la alimentacion y del vestido, como son los cereales, harinas y lana.

Segunda: no es exacto que las subsistencias crezcan en una proporción puramente aritmética, como acabamos de ver en el ejemplo citado; y si se nos recuerda que dichas colonias, por la inmensa cantidad de terrenos vírgenes que poseen, son una excepción patente, citaremos el ejemplo de la misma patria de Malthus, donde, después de la abolición de la ley de cereales en 1846, los grandes propietarios territoriales, obligados á luchar con la concurrencia extranjera, lograron, por medio de la aplicación al cultivo del capital y de la ciencia agrícola, aumentar la producción considerablemente.

Tercera: los medios de existencia de una nación aumentan según el esfuerzo de voluntad y de inteligencia que á esta materia se aplica. ¿Quién había de decir á Malthus, cuando de una observación incompleta, aunque profunda, de los hechos de su tiempo deducía consecuencias fatalistas, que no había de pasar medio siglo sin que Londres fuese el primer mercado de cereales del mundo, el emporio á donde enviarían sus trigos los Estados-Unidos, Marruecos, las comarcas del Vístula y varios países europeos? La condición de las clases pobres ha mejorado en Inglaterra, y las subsistencias han aumentado, no obstante el rápido progreso de la población, porque el desarrollo correlativo de la industria fabril y del comercio, ha multiplicado los medios de existencia, es decir, la producción.

El estado presente de la doctrina económica sobre la población, tal al menos, como le deducimos de la lectura y cotejo de reputados escritores contemporáneos, es el siguiente: Existe una relación, difícil de determinar en general, no tan difícil de apreciar prácticamente, entre la población y los medios de existencia de un pueblo. El exceso y la insuficiencia de población producen inconvenientes graves para un Estado, pero no son fatales. La acción de los obstáculos preventivos y de los represivos,

fue bien observada por Malthus, y esta observacion constituye un adelanto positivo en la ciencia económica. No es bajo el aspecto económico el país más próspero el que cuenta mayor densidad de poblacion, sino aquel donde la última es proporcional á los medios de existencia. Ni el aumento de la poblacion, ni el de las subsistencias, es indefinido. Y, por último, no son los gobiernos ni irresponsables en absoluto de los males sociales, ni los únicos (quizás ni los principales) causantes de los mismos, pues existen leyes naturales que producen perturbaciones y daños, y para combatir las cuales, son precisos grandes esfuerzos de inteligencia y de voluntad de parte de los individuos y de los gobiernos.

Sentados estos preliminares, veamos cuál es el estado de poblacion, no de este ó del otro país europeo, sino del globo en general, comparándolo con la extension de tierras aptas para producir subsistencias. Los economistas determinan un estado que llaman de «colonizacion (1),» ó sea la proporcion de 50 habitantes por kilómetro cuadrado, fuera de la cual no se puede decir que un país tiene no ya la densidad de poblacion de un Estado europeo, sino la que se requiere para que se le considere exento de la necesidad de remediar la falta por medio de la emigracion extranjera. Pues bien: el *estado de colonizacion* del mundo es hoy aproximadamente el que sigue:

EUROPA. Superficie, 900 millones de hectáreas. Su poblacion normal, conforme á los datos expuestos, y para que el estado de colonizacion se verificase, deberia ser de 450 millones de habitantes. Su poblacion *real* es de 275 (2) millones. Déficit de poblacion, 175 millones de habitantes, que corresponden á 350 millones de hectáreas por colonizar.

AFRICA. Superficie, 2.972 millones de hectáreas. Po-

(1) M. Jules Duval: *Histoire de l'emigration au XIX siècle.*

(2) En 1870 el mismo autor la calculaba en 29½ millones. (V. *Notre Planete.*)

blacion normal, 1.486 millones de habitantes. Poblacion efectiva, 150 millones de habitantes. Déficit, 1.336 millones de habitantes, correspondientes á 3.004 millones de hectáreas.

OCEANÍA. Superficie, 1.100 millones de hectáreas. Poblacion normal, 550 millones de habitantes. Poblacion efectiva, 30 millones. Déficit de poblacion, 520 millones de habitantes, que corresponden á 1.040 millones de hectáreas.

ASIA. Superficie, deducidos 880 millones de hectáreas que ocupa la zona glacial, 4.404 millones de hectáreas. Poblacion normal, 2.202 millones de habitantes. Poblacion real, 700 millones. Déficit de poblacion, 1.502 millones de habitantes, que corresponden á 3.004 millones de hectáreas.

AMÉRICA. Superficie, 4.208 millones de hectáreas. Poblacion normal, 2.109 millones de habitantes. Poblacion efectiva, 73 millones. Déficit de poblacion, 2.036 millones de habitantes, que corresponden á 4.072 millones de hectáreas.

En todo el mundo. Para 13.000 millones de hectáreas de tierras habitables, no existen más que 1.200 (1) millones de habitantes, ó sea una densidad de *un* habitante por cada *doce* hectáreas. Es decir, que *las cinco sextas* partes del globo no se hallan en el dia en estado de colonizacion normal, y que la raza humana dispone aún para su multiplicacion de 10.000 millones de hectáreas, que pueden recibir *cinco mil* millones de habitantes.

Por mucho que haya que rectificar en estos cálculos, que sus autores no ofrecen sino como aproximados, y teniendo presente que la densidad de poblacion de 50 habitantes por kilómetro cuadrado es inferior á la que corresponde á países cuyo territorio entero se halla reducido á

(1) Hoy la poblacion del mundo ha sido calculada por Muller y otros autores superior á 1.300 millones de habitantes.

cultivo, creemos que se puede sentar esta proposicion: que la colonizacion del globo *está comenzando*, que el precepto divino de la posesion y explotacion de la tierra por la raza humana ha comenzado apénas á tener cumplimiento, y que las doctrinas fatalistas, relativas á la insuficiencia de medios de existencia para el hombre y á la participacion de las generaciones futuras en el *banquete de la vida*, son completamente arbitrarias.

JOAQUIN MALDONADO MACANAZ.

LA VERDAD CRISTIANA

PATRIA Y FAMILIA

Discutiendo sobre el valor y alcance de las negaciones que estableció esa escuela nueva que, con el nombre de Asociacion Internacional, ha querido evocar y dar forma á todos los errores de las antiguas y nuevas edades, fácil es comprender que todas ellas se resumen y compendian en la negacion de la verdad cristiana. La patria, la familia, la propiedad y el trabajo, fundamentos de la sociedad natural, son tambien consecuencias lógicas ó preceptos terminantes de la santa doctrina de Aquel glorioso mártir, que, al espirar en lo alto de un monte del Asia, iluminó al mundo con la luz de una grandiosa idea, capaz de unir todos los espíritus en la humanidad, y la humanidad en Dios. El cristianismo lleva en su seno cuantas afirmaciones son necesarias y suficientes á la sociedad humana, dentro del órden temporal, siendo, por consiguiente, el único eficaz remedio contra esas disolventes doctrinas socialistas, que intentan manchar con crímenes sin nombre y desastres sin ejemplo el libro de la historia y el recinto sagrado de la patria. El hombre debe buscar en el cielo el remedio á sus grandes infortunios; porque allí, y sólo allí, encuentra consuelo para sus dolores, luz para su inteligencia, y expansion provechosa y fecunda

pára su espíritu, sediento de inmortalidad. Así nuestra alma, cuando enajenada por la fe vuela hasta el seno de la Divinidad, torna á la tierra grandes pensamientos y con gran riqueza de sublimes inspiraciones.

Inútil intento es el que, por ejemplo, muestran algunos filósofos al pretender poner en contradicción la patria con la religion, la mansion terrestre con la esperanza de la mansion eterna, la autoridad temporal con la autoridad del espíritu, la patria, en fin, del linaje y la patria sagrada de la fe.

La mansedumbre cristiana no se opone á ningun rasgo heróico ni á ninguna accion patriótica y levantada; por el contrario, gérmen de todo espiritualismo y abnegacion, arrastra al hombre al sacrificio, una vez templado al calor de la caridad sublime. El cristiano siente, y conoce, y ejercita el derecho y el interes elevado de la defensa de su persona, de su familia, de sus creencias y tradiciones; y la Iglesia colocó en altares á hombres esforzados que sostuvieron sobre el campo de batalla los fueros de la justicia. La historia de las órdenes religiosas de toda Europa es una serie de victorias y prodigios; todos los profetas nos legaron rasgos sublimes y acabados de patriótico heroismo; y el mismo Jesucristo, á la vista de Jerusalem, exclama lleno de acerbo dolor: «¡Ah! ¡Si tú hubieses conocido, áun en este dia, que es todavía el tuyo, aquello que podria darte la paz (1)!....» Y agitado del propio sentimiento el apóstol de las gentes; el gran batallador, que encendia en las llamas de su elocuencia á todas las almas; el que recogiendo fielmente la verdad cristiana en el vaso purísimo de su alma convertida, disolvía en ella el materialismo, que cual asquerosa lepra cubria entónces al mundo; el defensor acérrimo de la idea más grandiosa que puede arraigar en la mente de la humanidad; decia en su epístola á los romanos: «Mis hermanos son mis parientes segun la carne: son israelitas.» Dios prescribió el amor á todos los hombres, pero consagró, no obstante, el sentimiento de predileccion hácia sus conciudadanos: derramó su sangrê, dice Bossuet, mirando particularmente por su nacion; y al ofrecer este sacrificio, que debia ser la expiacion para todo el uni-

(1) San Lucas, cap. xix, vers. 42.

verso, quiso que el amor de la patria tuviese un lugar en él. El Evangelio no manda amar á la patria como al prójimo, pero establece la benevolencia, el afecto, el desinterés y el sacrificio; y estas y no otras virtudes constituyen el fecundo y providencial sentimiento en que nos ocupamos: el amor de patria. ¿Y qué diríamos de él si evocásemos aquí la historia, escrita en los libros sagrados, de los valerosos Macabeos?...

Hé aquí cómo la idea internacionalista de falso cosmopolitismo, alimentado por el odio de aquello que nos rodea, es una idea anti-cristiana é irrealizable; que Dios tiende su mano poderosa sobre la humanidad y le ha dado sus santas enseñanzas, para atajar sus extravíos. Los mismos sectarios del comunismo lloran, ó, lo que es peor, con rabia se desesperan, bajo otro cielo distinto del de su patria, al contemplar, en su triste proscricion, la felicidad de aquellos que viven, y alientan, y se protegen y trabajan en la suya. Para algo sirve el grupo orgánico de la familia, y para algo el de la patria natural ó adoptiva. El alma se adhiere con fuerza incomparable á sus impresiones primeras, y busca en las múltiples relaciones de nacion y localidad un apoyo necesario á la impotencia individual. El globo que habitamos es, en su conjunto, un terroroso gigante para nuestra debilidad, y en sus variadisimos accidentes una elocuente muestra de que la naturaleza tiene horror á esa universalidad facticia de dominacion, que los fuertes quieren ejercer sobre los débiles. La naturaleza es un obstáculo invencible é incesante contra el despotismo, y una defensa formidable de la libertad humana. Y si esto acontece con el espíritu de dominacion, otro tanto pasa con todas las tentativas de universalidad, que en el delirio de absurdos planes y de pasiones odiosas tienen su aciago é inseguro fundamento. No ha existido, ni existe, ni podrá existir otra universalidad que la universalidad de doctrina y de amor que difunde el cristianismo, como con razon proclamaba en ocasion soléenne un célebre orador francés: «Algunos grados, decia, de latitud y longitud trastornan todo el poder humano, y es sentencia reconocida que la *extension* devora la *unidad*.»

Los socialistas modernos intentan, sin embargo, más orgullosos que reyes y conquistadores, no sólo amenguar la obra de Dios, sino destruirla, sustituyendo á su sabia y fecunda armonía un frá-

gil é insostenible artificio. ¡Desdichados! Tambien Descartes, más profundo y estudioso que ellos, formaba en el silencio de su estudio un mundo de átomos y de hilos, pretendiendo hallar la fórmula de la creacion en sus filosóficos rudimentos: tambien Jerjes, más poderoso que ellos, queria, en el frenesí de su soberbia, señalar limites á las olas; pero ni Descartes conocia el universo, ni Jerjes la flaqueza de su poder y la fuerza irresistible del mar, ante el cual retrocedió humillado. Esta es la historia del orgullo: esta la triste historia de ese vano espíritu de rebelion contra las leyes providenciales, que pretende confundir todos los pueblos y todas las instituciones en una inconcebible y vertiginosa agrupacion, fruto de embriagada y febril fantasía.

Tambien el cristianismo consagró la familia, y apoyándola en el precepto cuarto del Decálogo «honrar padre y madre,» formó, para su gloria y permanencia, el tiernísimo tipo de la *mujer cristiana*, fuente de virtud en el hogar doméstico y dulce inspiracion en el arte. ¡Triste suerte! La mujer, delicado santuario de amor y abnegacion, preciosa mitad de la especie humana, cuyas cualidades se ven aún en la antigüedad profana enaltecidas y glorificadas por el recuerdo de Antígona conduciendo al desierto al ciego Edipo; de la hija de Belisario acompañando á éste al destierro; de Cornelia, la heroica madre de los Gracos, y de Lucrecia y muchas otras ilustres matronas; fué mirada durante muchos siglos como torpe y despreciable instrumento de placer, y arrastró en sus débiles y graciosos piés la pesada cadena de la esclavitud. La historia de la mujer pagana es una historia espantosa de crímenes; es una degradacion terrible, que deshonra á la humanidad. La tierna compañera del hombre ocultaba su rostro en un triste rincon de la casa de su señor, cautiva, macilenta, llorosa, ignorante y pobre: relegada á la despreciable condicion de mercancía, pasaba como tal de mano en mano; privada de todo derecho, y semejante al solitario pino, cuyas semillas arrebatada el viento, daba sus hijos al mundo para no gozar jamás de su amor y ternura; repudiada, en fin, y despedida, cuando la frescura de la juventud, la gracia y la hermosura la abandonaban, era un vaso de dolores

apartado con menosprecio de la vista de los que en él se gozaron.

Tales son las noticias que nos conserva la historia de la mujer bajo el imperio del error, presa de un momento de material afición, en medio de siglos de sufrimiento y de olvido; historia deplorable, que el cristianismo interrumpe, haciendo de la *esclava* la *compañera* cariñosa del hombre, agrupando los hijos en torno del regazo materno, y constituyendo para siempre la familia. Y toda la fecundidad de la mujer en la vida, y toda la hermosura que refleja en derredor del hogar, y todas las virtudes que atesora desde aquel día venturoso, en que el hombre, al despertar de su misterioso sueño, prorumpió, purificado por Jesucristo, en un cántico de amor eterno, dependen de los caracteres de la pasión pura que boga serena en las inmutables regiones de lo bello: *dignidad, indisolubilidad y unidad*, condensadas como el aroma de tres flores en el sagrado seno del matrimonio.

El mundo antiguo era estrecho y mezquino para contener el alma-expansiva de la mujer. Cuando Dios le rompe y aniquila, arrojándolo hecho pedazos á los pies de los desarmados apóstoles, la mujer, transfigurada por la fe, es el alma de la civilización, asegurando la familia con los nombres de *madre, esposa é hija*, y amparando y embelleciendo y levantando la sociedad con sus consuelos y sacrificios. Y si de la presente sociedad tornamos con el pensamiento á las antiguas sociedades cristianas, en las cuales los detractores de la fe, los judíos y paganos, perseguían sin tregua á la mujer, que aceptaba con júbilo, en aras de la nueva idea, los dolores más grandes y los ministerios más penosos, ¡qué elogios podríamos tributar á ese fecundo manantial de grandeza y de vida! La mujer cristiana, firme en su creencia santísima, se encaminaba al cadalso serena, sonriente y más bella que nunca, alumbrada por las tintas del cielo que bañaban su rostro; miraba con lástima á sus verdugos, en medio de las llamas que la devoraban; pedía por ellos, y volaba al seno de Dios, libre de la vil materia, fundida al fuego regenerador del martirio.

La obra, pues, del Evangelio es también la de la dignidad y santificación de la mujer y de la familia: su ruina es la ruina salvaje del orden cristiano, es el horroroso paganismo, es la lógica y natural consecuencia de esa unión afrentosa del hombre y la mujer, fundada en el *amor libre*.

PROPIEDAD Y TRABAJO

¿Qué hizo la religion por la propiedad y el trabajo? En primer lugar, Jesucristo, no sólo no proclamó la comunidad forzosa de bienes, sino que sancionó y amparó la propiedad individual, al confirmar *la ley* los preceptos noveno y décimo del Decálogo. Otorgó al hombre la parte que como coooperador tiene en la fecundidad de la tierra, y le hizo dueño del suelo abonado con su sudor, justo patrimonio de sus descendientes, que son la prolongacion de su sér en el tiempo, y los guardadores del producto de sus fatigas y vigiliás. Este es el derecho proclamado por el Evangelio. Dios no consagró esa distribucion que proclama al trabajo y á la tierra como capitales sociales, que tal equivaldria á la servidumbre general; pues la propiedad sólo es un bien cuando la inviolabilidad de su derecho la asegura contra la voluntad del soberano, depositario, en último caso, bajo el régimen comunista, de todos los elementos colectivos, áun de aquellos, que, cimentados en propiedades naturales é indestructibles, pertenecen sola y exclusivamente al individuo. ¿Hay nada más absurdo que contemplar á los hombres ejerciendo oficios y profesiones diversas por la voluntad soberana del que rige los destinos de una sociedad? Y ¿quién no ve en esta distribucion del suelo y del trabajo el ilotismo universal, proclamado como medida organizadora y justa, y la pobreza y envilecimiento de todos los hombres al grito insensato de «no más pobres»? ¿Era posible que la doctrina emanada de un Dios infinitamente sabio llevara en sí tan risibles y desorganizadores principios? El Evangelio proclamó la libertad humana, dió al hombre la propiedad inenajenable del trabajo, aneja á su personalidad, estableciendo de tal suerte un justo nivel entre el propietario de la tierra y el que saca de sus entrañas la fecundidad y la vida.

Dirá alguno quizás: ¿por qué entónces la lucha entre elementos que decís nivelados? ¿Por qué el desconcierto entre el capital y el trabajo? ¿Por qué la guerra entre el rico en tierra y el poderoso en fuerza, actividad é ingenio? ¡Ah! El Evangelio atajó tambien esa lucha con sus máximas, que la sociedad puede desconocer ú olvidar, pero cuyo acatamiento es la salvacion, el concierto y la

vida de todos. El Evangelio, dando al rico el usufructo de sus bienes bajo la norma de sus necesidades, creó para el pobre un segundo capital en lo superfluo de aquel, reprobando así para siempre en el depositario de la tierra la avaricia, la voluptuosidad y el orgullo, y señalando de esta suerte en sus leyes sobrenaturales un principio eterno de armonía entre el rico y el pobre, entre la desigualdad necesaria y la unidad precisa. El derecho divino creando el bienestar moral, la dignidad y la virtud del pobre, é inclinándolo al poderoso á destinar una parte de su fortuna al miserable, hizo volver la vista de la humanidad entera hácia las fuentes puras é inagotables de la eternidad. ¿Qué doctrina más fecunda? ¿Qué mansion más grande y más hermosa para el hombre y para la sociedad que la mansion incommensurable de lo infinito?

En cambio los novadores modernos niegan á Dios y pretenden borrar del mundo todo infortunio, estableciendo la sociedad bajo el principio de igualdad completa. ¡Como si la desigualdad no fuese una de las leyes más constantes que rigen la vida y hasta la belleza del mundo, y una condicion gloriosa para el Criador y para el hombre! Quitad del mundo moral esa asombrosa diversidad de gustos y de talentos, y morirán para siempre las acciones más sublimes, dado que las virtudes que más honran al hombre reconocen por origen ese plan de desigualdad que torpemente se critica. Los socialistas, atentos á la superficie de las cosas, buscan en la igualdad de condiciones un mundo mejor, extraviados por caprichosas ilusiones. Aqueja á nuestro espíritu ansia de lo que no posee, aunque en su satisfaccion halle luego angustias y dolores. El campesino se afana por el fausto y opulencia del cortesano, y éste suspira por la suerte y quietud de aquel, por el trabajo que sazona una vida libre de tormentos y ambiciones. Y es que la felicidad sólo vive en el corazón. Salomon, aquel sabio rey, de quien aprendieron lo que despues enseñaron Pitágoras, Sócrates, Platon y Aristóteles, confiesa que no es dichoso; Alejandro, despues de vencer al mundo, llora sobre sus trofeos; y Tiberio, disgustado de su poder, corre á encerrarse en la isla de Caprea. Estas razones nos mueven á decir que hay en la sociedad ménos desigualdades de las que muchos suponen, y que áun las que existen son el gérmen de las grandes acciones y el más sólido

asiento del mundo moral y del físico. La pena nos inclina al deber, y el dolor nos hace hermanos de la virtud. La dicha no es el goce desarrollándose sin freno en la fiebre enervante de la ociosidad: ¡cuántos opulentos habitantes de nuestras populosas ciudades, al contemplar desde lo alto de una montaña un extenso valle regado por el sudor del hombre, y al mirar los labriegos, encorvados sobre la tierra largas horas, comer gozosos á la sombra de un árbol y volver á la caída de la tarde, envueltos en las últimas luces del crepúsculo, al umbral hospitalario de sus chozas, entonando su rústica y alegre cantilena, no habrán deseado cambiar sus riquezas por aquellos días fatigosos pero felices! Sin duda por esto la poesía ha colocado la virtud y la dicha fuera de la pesada atmósfera de las ciudades, dispersadas por los bosques, á orilla de los rios, al pié de las montañas: y áun los dioses mitológicos bajaban del Olimpo, y se detenian gustosos en los risueños valles, en las llanuras fértiles, y al pié de los trojes hacinados por la tosca mano del campesino.

Y prescindiendo del concepto de la poesía, y acudiendo á la fuente purísima de rectas y elevadas ideas, hallaremos en el cristianismo á nuestro divino Redentor, apoyando al nacer su cabeza sobre un puñado de pajas, léjos de la opulencia de las ciudades.

La dicha del pobre no está en esa igualdad imposible, ni en esa reparticion de la tierra, que juzga equitativa y justa la Internacional en su embriaguez de indigestas doctrinas; la felicidad del pobre (como la del rico) está en su alma, está en la religion, sin la cual sólo aumentará su ambicion, su orgullo y su infelicidad. Porque, ni es rico el que mucho posee, si mucho desea, ni pobre el que poco tiene, si con ello está contento; que con la ardiente sed de oro y el inmoderado empleo de las riquezas, no se cumple la felicidad humana. Nuestro Rioja prorumpe, en su epístola moral á Fabio, con aplaudida inspiracion y grandísima verdad:

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no lo enturbien deudas ni pesares.

Quizás alguno tache tales doctrinas de infecundas declamaciones y las juzgue estériles para regular la lucha que se ha despertado en la sociedad presente: ¡se engaña! Que el rico ame al pobre y le socorra; que el pobre respete al rico, y fijo en los inefables goces de la santidad, sienta los apetecibles y tranquilos,

aunque ménos intensos; que hemos descrito, y que concurren al providencial orden humano; y dígase entónces, ¿no lleva en su savia divina la doctrina de Jesucristo una fórmula de orden social eminentemente práctica?

La virtud social del cristianismo ha sido reconocida, no sólo por los escritores católicos, sino hasta por los apóstoles del error. Renan, el racionalista de estos últimos tiempos, dice así: «Hacer de la pobreza un objeto de amor y de codicia, elevar al mendigo sobre el altar, santificar la miseria, es un golpe maestro.» Y más adelante añade: «Para que la humanidad pueda soportar su pesada carga, necesita abrigar la creencia de que su paga no consiste sólo en el precio de su salario; el mayor servicio que puede hacersele es repetirle con frecuencia que no vive únicamente del pedazo de pan que lleva á sus labios (1).» Y es que la razón, áun la que tristemente se agita en el mar proceloso de la duda, como celosa de justificar su purísimo origen y su preclara fuente, toca á veces, despues de angustiosa tormenta, en las risueñas y serenas playas de la verdad.

Contéplense, pues, todas las afirmaciones sociales, que irradian lógicamente de la apacible doctrina del Salvador; véase la fórmula religiosa cobijando en su seno sagrado la única doctrina social progresiva; y júzguese de la necesidad urgente de popularizar y practicar sin tregua los grandes principios de respeto á Dios y al prójimo, estableciendo la sociedad en su único punto posible de reposo: el de las creencias religiosas.

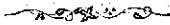
Sin religion no hay hombres felices, ni trabajo fecundo y tranquilo, ni propiedad digna y provechosa, ni familias honradas y bienhechoras, ni Estados firmes y seguros; sin esa idea sublime el hombre es un sér feroz ó abyecto, la familia se disipa, la nacion es un edificio construido á la ligera y en el aire, que los vientos de enconadas pasiones combaten y agitan sin cesar: y porque así lo entendia y de tal suerte juzgaba la sana filosofía, áun ántes del cristianismo, dejó Platon escrito: *Religio vera est firmamentum Reipublicæ* (2).

ANTONIO GARCÍA MACEIRA.

(1) Vida de Jesús, cap. xi.

(2) Lib. iv de Legibus.

SECCION HISTÓRICA



DOCUMENTOS HISTORICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE

por el presbítero M. Lamazou, vicario de la Magdalena (1)

LA ROQUETTE. — INSURRECCION. — LIBERTAD.

(Conclusion.)

Con rapidez inusitada se movian á las tres y algunos minutos los pesados cerrojos de nuestras celdas; y entre tanto hallábame yo de rodillas recitando con apagada voz el oficio de vigilia de Pentecostés, cuando mi vecino abre precipitadamente mi puerta, diciendo: — «¡Valor, hoy nos llega el turno; nos van á hacer bajar á todos para fusilarnos!»

—Valor, respondí yo: ¡cúmplase la voluntad de Dios! Y vestido ya con mi traje eclesiástico me encaminé al corredor en donde estaban mezclados y confundidos guardias nacionales, soldados y sacerdotes. Los sacerdotes y los guardias nacionales presentaban un aspecto de resignacion y calma: los soldados no podian imaginarse la suerte que les aguardaba, y exclamaban: «¡Qué les hemos hecho á esos miserables? ¡No nos hemos batido contra los prusianos? ¡No hemos cumplido nuestro deber? ¡Pues por qué se nos quiere fusilar? ¡Esto es imposible, imposible!» Y lanzaban los unos gritos de cólera, mientras inmóviles y ensimismados otros, parecia como si fueran presa de una pesadilla. En tanto los sacerdotes hincábanse de rodillas y trataban de alentarlos y fortalecerlos con la última absolucion; y uno de ellos especialmente, dirigiendo á los soldados enérgicas y valerosas palabras, los conjura á que nos imiten. De repente, vibra una voz como agudo y metálico sonido, y dominando el clamor confuso, grita: «¡Amigos míos, escuchad lo que me dicta mi corazón! ¡bastantes muertes tienen ya sobre sí estos innobles bandidos! No os dejéis asesinar. Uníos á mí y ¡á luchar! ¡á resistir! Quiero morir con vosotros ántes que abandonaros...» Era la voz del guardian Pinet, generoso hijo de la Créuse, que, espantado de tanta iniquidad, no podia sofocar su indignacion, y encargado por el subcabo Picon de abrir poco á poco nuestras celdas y entregarnos de dos en dos á los insurrectos que á la puerta de la secretaría nos esperaban, habia por el contrario cerrado al pasar la puerta del tercer piso y abierto rápidamente todas las otras

(1) Véanse los números anteriores.

para aconsejarnos y organizar con prontitud la resistencia. ¡Sacrificaba su vida, que ningun peligro corria, por ayudarnos á salvar la nuestra! En aquel instante parecíame increíble tanto heroísmo; pero M. Amodru, cuando Pinet llegó, habia tomado tambien la palabra y ayudaba á este con sus propias excitaciones: «¡Amigos míos, decia á la vez, no nos dejemos fusilar! ¡defendámonos, confianza en Dios, que está con nosotros: Dios nos salvará (1)!»

Hallábanse los ánimos discordes y vacilantes. Un preso decia: «Es locura defenderse para acarrearlos tan sólo una muerte más cruel: en vez de ser fusilados vamos con esto á ser degollados por la chusma y abrasados en las llamas.» Otro, cuya candidez no creia yo posible estando en la Roquette, decia: «Llamemos á los guardias nacionales y les haremos ver que no somos ladrones, ni asesinos, sino gente honrada.» Un soldado, cuyas palabras revelaban no sólo escaso entendimiento, sino poco sentido moral (y las refiero por el deber de imparcialidad que me he impuesto), exclamaba: «Á nosotros no hacen más que amenazarnos; á los que quieren matar es solamente á los curas: ¿hemos, pues, de exponer nuestra vida por defenderlos á ellos?»

Hasta entónces no habia yo pronunciado una palabra, sino que seguia en silencio y con la ansiédad que puede suponerse, las fases de esta situacion tan extraordinaria, á pesar de que algunos compañeros me preguntaban mi opinion acerca de ella. A todo esto el guardian Pinet, cuya energia se aumentaba con aquellas mismas excitaciones, gritaba con esfuerzo: «¡Debajo de nosotros están los guardias de policía dispuestos á atrincherarse y defenderse: si nos faltan armas, tenemos corazon: no hay que dejarse fusilar por ese puñado de bandidos!» Aunque yo consideraba humanamente imposible el éxito de la resistencia, juzgábalo, sin embargo, el partido más digno. Cabalmente yo no habia cesado de protestar contra el silencio y la abdicacion de las gentes honradas enfrente de los malhechores desde el 18 de Marzo; y para ser fiel hasta el fin á tal programa, salí ahora de mi inaccion aparente. M. Dowbleu Warvet, antiguo oficial de paz, y M. Carré, vicario de Belleville, propusieron como necesario horadar el techo para ponernos en comunicacion con los guar-

(1) Están unánimes las declaraciones de los testigos en cuanto á la órden expedida por la Commune el dia 27 para asesinar á los rehenes que guardaban en la Roquette. El sub-cabo Picon se expresó del modo siguiente:

Presidente. — ¿Estábais el 27 de Mayo en la Roquette? ¿Os hallábais encargado allí de los sentenciados?

El testigo. — Sí, señor; iba yo en ese dia á tomar el café por la mañana, cuando oí pisadas de caballos y vi llegar un grupo de guardias nacionales. Al preguntar quién habia llegado, me contestaron: «Es Ferré que viene á tomar posesion de la plaza.» Una banda de federales que llegó despues del medio dia y que impedia que nadie entrara en el recinto de la prision: ellos penetraron á dentro con unos papeles en la mano, buscando á los guardias de policía y á los gendarmes: resos que en ella quedaban. Acercóseme mi jefe el cabo y me advirtió de lo que pasaba, pidiéndome á la vez consejo; mas yo le respondi: «Eso á ti te toca, arreglate como te parezca.»

El testigo Vathier declaró en la misma audiencia que el dia 27 vinieron los federales á la prision, pretendiendo que se les entregaran los militares encerrados en uno de los departamentos. El guardian Pinet, tomando las llaves del encierro, subió y les dijo: «De ningun modo bajéis, que se os quiere fusilar.» Invitaron entonces á Pinet para que bajara, mas él rehusó hacerlo, diciéndoles: «No, no bajo; demasiado se lo que intentais hacer conmigo.»

días de policía presos en el segundo piso; fué acogida al punto su idea, y armados de tablas y de varas de hierro arrancadas de nuestras camas, púsose al punto en ejecución. Uníme á ellos, y aunque en ayunas, sin fuerza aquella mañana para tenerme en plé, con facilidad asombrosa hacíanse pedazos las tablas y torcíanse las varas de hierro en mis manos: así es que en cinco minutos quedó abierta ancha brecha entre el segundo y tercer piso. Prontos los guardias de policía á vender caras sus vidas, trepó á través de la abertura el subteniente Teyssier para tomar el mando de la insurreccion, en union con Pinet.

Invadido el patio interior de la prision por una abyecta é inmensa muchedumbre que viene á gozarse en nuestro último suplicio, más fácil era comprender ó adivinar la intencion y amenazas que revelaba la fisonomía de esta plebe, que explicarla en estas líneas. Colocados nuestros colchones contra las ventanas para resguardarnos de las balas, vimos en medio de aquel gentío á un jóven que, apuntándonos su fusil con notable cinismo, nos invitaba á bajar. «¡Mirad, dijo Pinet, á ese miserable; es Pasquier, condenado á muerte por el Tribunal del Sena.»

En esto gritaban algunos soldados: «¡Fuego en la barricada! ¡nos asfixiamos! ¡socorro!» Y era que de dos fuertes barricadas que con las camas y las baldosas del suelo habíamos construido junto á las dos puertas de nuestro tercer piso, habíase prendido fuego en una. Corro á ella, y cuando me hallaba envuelto en una nube de humo, un soldado de admirable serenidad y destreza, me dijo: «Tranquilizaos; yo he construido la barricada, y tuve cuidado de no poner delante más que los colchones; que me traigan agua.» Y en un cuarto de hora quedó el fuego extinguido.

Los insurgentes, unas veces nos amenazaban con incendiar nuestro edificio y hacerlo volar con materias explosivas ó derribarlo á cañonazos con la bateria del cementerio del Padre Lachaise, y otras, con pérfidas palabras, gritaban: ¡Viva el ejército! ¡rendíos y se os dará la libertad! La sinceridad de estas alevosas ofertas quedó probada con la matanza de aquellos que de ellas se fiaron (1). Sale de la secretaría y preséntase en medio del patio un miembro de la Commune, cuyo nombre ignoro, con unas listas debajo del brazo; y enterado de lo que acontece, retírase sobremanera impresionado. ¿Qué resolverán nuestros verdugos para asegurar sus víctimas?... ¡Qué angustia y ansiedad

(1) Véase lo que dice la declaracion del testigo Battier:

«Los presos que habian sobrevivido resolvieron defenderse, y retrocedieron los asesinos; mas tendiendo un lazo y ofreciendo la libertad, gritaron estos: ¡Viva el ejército! E hicieron victimas de esta traicion inicu á los sacerdotes Surad, Becour, Huillon y al hermano Chauvieur. De estos asesinatos es cómplice Ferré; porque él arregló este lazo y dió á Romain la fingida orden escrita de hacer salir los rehenes, dictada con la intencion que probaron las consecuencias.»

He aquí ahora la declaracion del testigo Pinet:

«El que arrojó un fusil de manos de otro insurrecto para apuntarme fué un condenado á muerte, y su amenaza la hacia á través de la reja. Viendo los federales que en la tercera seccion nos hallábamos resueltos á defendernos, intentando hacernos bajar con persuasiones, á las que nosotros no atendimos. Cuando gritaron ellos ¡Viva el ejército! cometieron la imprudencia de bajar cuatro de los rehenes, y fueron fusilados. En la barricada que habíamos hecho previne yo á los militares, á los gendarmes y á los demás rehenes de mi seccion que se defendieran con toda energia.»

tan extremas!... En este mismo instante se verifica en la prision un hecho inesperado y feliz para nosotros. Nuestra resistencia desesperada estaba organizándose, y los soldados, más audaces que discretos, invitaban á «bajar á la secretaria para darle una mala vuelta á la Commune,» cuando los miembros de esta, asustados de nuestra resistencia heroica y de los progresos rápidos de las tropas de Versalles en el boulevard del Príncipe Eugenio y en la barrera del Trono, abandonan precipitadamente la Roquette y se dirigen á Belleville; y pasmada tambien la chusma con esta apresurada traslacion, teme un grave riesgo y huye en pos de aquellos bandidos.

Irritados los insurrectos con la resistencia que hacíamos, habian traído á toda prisa dos cañones y un obús de la alcaldía del Príncipe Eugenio, aún no ocupada entónces por las tropas de Versalles, y los habian colocado en la plaza de la Roquette para bombardear el edificio y acabar con nosotros; pero intimidados los soldados y sus jefes, llévanse estas piezas al otro lado del cementerio, siguiendo á la plebe y á los miembros de la Commune. En tanto los detenidos por delitos ordinarios se mostraban poseidos de una agitacion difícil de mostrar; todos con limas, piquetas ó fusiles en las manos. ¿Los habia armado la Commune en contra de nosotros, ó sólo para engrosar las turbas que luchaban en las barricadas?... No sabia á cuál dé estas opiniones inclinarme; pero el hecho es que los detenidos no siguieron, ni la primera, que sin duda les parecia odiosa, ni la segunda, que juzgaron demasiado arriesgada, y prefirieron la libertad absoluta, huyendo á su vez en pos de los insurrectos, á los gritos de ¡ Viva la república! ¡ viva la Commune! Tambien el director y la mayor parte de los malos carceleros habian desaparecido, y las puertas de la prision quedaban abiertas (1). A favor de este desorden, los rehenes seglares de la parte O. que con nosotros debian ser fusilados, se escaparon casi todos de la Roquette, y gracias á su habilidad, pudieron salvar las barricadas ú ocultarse en el postrer recinto de los insurrectos hasta el siguiente dia; imitanlos algunos eclesiásticos; otros, como M. Surat, vestido de seglar, vacila, y los vigilantes, por un sentimiento laudable, pero indiscreto, les hacen huir, que era, á mi ver, el partido más desastroso, hallándose los alrededores de la cárcel en poder de los insurrectos, cuya exasperacion era indecible. Así es que, juzgando deber mio advertir de ello al primer vicario general de Paris, le dirigí estas palabras á través de las puertas: «¡Cuidado con partir; eso es la muerte segura, miéntras quedarse es la muerte incierta!» Supe más tarde que no habia oído mis palabras, y al salir de la prision fué muerto con accidentes espantosos, en union con M. Becourt, cura de la Buena Nueva, con M. Houillon, de las misiones extranjeras, y con un misionero seglar: y segun version acreditada, una jóven de diez y seis años fué la que disparó el primer tiro de revólver sobre

(1) Son contestes las declaraciones de los guardias de la Roquette acerca del armamento de los detenidos, mas no sobre su objeto; en tanto que la actitud furiosa y los desesperados rugidos de Ferré en este momento supremo, no dan lugar á duda respecto de haber agotado este monstruo todos los recursos posibles para completar el asesinato de los rehenes.

monseñor Surat en el barrio de San Antonio, profiriendo blasfemias espantosas. De todos modos, lo indudable es que con el cuerpo del venerable arcediano se cometieron feroces atrocidades, que obligaron á practicar minuciosos reconocimientos para poderlo identificar con certidumbre (1). Algunos eclesiásticos no quisieron refugiarse en el barrio de San Antonio, y otros se volvieron á la prision; yo me ví condenado á perder en aquel lugar execrable, víctimas de maldad sin nombre, á mis tres superiores jerárquicos de la diócesis de Paris, á saber: á mi arzobispo monseñor Darboy; mi arcediano monseñor Surat, y mi cura M. Deguerry. ¡Qué crueles pérdidas causaron al clero de Paris los odios religiosos de la Commune! Dió muerte á monseñor Darboy, primer pastor de la diócesis; á monseñor Surat; primer vicario; á M. Deguerry, célebre y querido decano de los curas de la capital; al padre Olivaint, superior de la casa de los jesuitas; al padre Ducoudray, superior de la gran casa de enseñanza de la antigua calle de Postas; al padre Captier, superior de los dominicos de Arcueil, y uno de los hombres más eminentes en materia de enseñanza: y en otra prision tenia tres vicarios generales: M. Jourdan, M. Bayle, y el director del Seminario de San Sulpicio, M. Icard, que milagrosamente escaparon de la muerte, á que, como los demas rehenes, estaban condenados (2).

(1) Véase á este propósito la declaracion de M. Puyroyon, médico de la Roquette:

«Habia tratado monseñor Surat de huir de las manos de sus asesinos, y la mujer que he citado, con un puñal en la mano, gritaba: «¡A mí, á mí el honor de asestarle el golpe primero!» Y cuando la pobre victima, extendiendo instintivamente los brazos ante el pecho para defenderse, exclamó: «¡Oh! ¡perdon! ¡perdon!» aquella furia, lanzándose sobre él y jugando inicuaemente con la frase, dijo: «¡Si; ¡perdon! ¡perdon! ¡tona!» y á boca de jarro descargó sobre él un tiro de revólver. (Audiencia del 9 de Agosto.)

(2) Habian estado M. Icard y M. Jourdan, presos con otros muchos eclesiásticos, el primero en la cárcel de la Santé, y el segundo en la Conserjeria. Véase la declaracion del ciudadano Cautet, director de la cárcel de la Santé durante el mando de la Commune:

«Presidente.—¿Llegó á vuestras manos una órden firmada por Ferré?

Testigo.—Sí.

Presidente.—¿Qué os mandaba esa órden? ¿Era fusilar á los gendarmes detenidos en la Santé?

Testigo.—Sí; á los gendarmes y á los rehenes.

Presidente.—¿Reconocéis la firma de Ferré?

Testigo.—Sí; y esta es la órden que al llegar las tropas entregué yo mismo.

Presidente.—¿Por qué no la ejecutásteis?

Testigo.—Creei que no debía.

Presidente.—¿Y teniais poder para ejecutar á los rehenes?

Testigo.—Le tenia completo, sobre todo con esa órden de Ferré. El 22 de Mayo vino á la Santé un emisario con traje de coronel, que se llamaba miembro de la Commune, para ordenarme que ejecutara los rehenes allí detenidos. Le advertí que no le conocia, que no le reputaba enviado de la Commune, y que no cumpliria aquella órden. Mostrándose disgustado, dijo: «¿No queréis obedecerme? Pues bien, yo traeré la órden;» mas no volvió.

Presidente.—¿Qué día ocuparon las tropas la prision de la Santé?

Testigo.—El 24 de Mayo.

Presidente.—¿Recordais los términos de esa órden que os fué entregada?

Testigo.—Poco más ó ménos, eran los siguientes: «Al momento que lleguen á entrar en Paris las tropas de Versalles, el ciudadano director de la Santé mandará ejecutar los rehenes.» (Tercer consejo de guerra; sesion del miércoles 23 de Agosto.)

M. Jourdan y sus compañeros vieron amenazados de los mismos peligros en la Prefectura de Policia; y aun despues de escapar á la muerte decretada por Ferré, pudieron á duras penas librarse de las llamas y las balas de los insurrectos de la Commune, que luchaban encarnizadamente entre la Prefectura de Policia y el Palacio de Justicia.

Hé aquí la lista de los 40 eclesiásticos presos en la Roquette en calidad de rehenes para la Commune:

Fusilados el 24, 26 y 27 de Mayo.

Monseñor Darboy, arzobispo de Paris.	Reverendos PP. de Picpus, Tuffier,
Monseñor Surat, vicario general de Paris.	Rouschouze, Radigne, Tardieu.
M. Deguerry, cura de la Magdalena.	M. Sabatier, segundo vicario de Nuestra Señora de Loreto.
M. Allard, misionero.	M. Seigneret, seminarista.
M. Becourt, cura de la Buena-Nueva.	M. Houillon, de las misiones extranjeras.
Reverendos PP. jesuitas Clerc, Ducoudray, Olivaint, Caubert, de Bengy.	M. Planchat, limosnero de Charonne.

Que escaparon de la muerte.

M. Bayle, vicario general.	M. Carré, vicario de Belleville.
M. Petit, vicario general.	M. Delmas, vicario de San Ambrosio.
M. Moleon, cura de San Severino.	M. Depontailier, segundo vicario de Belleville.
M. Lartigue, cura de Saint-Leu.	M. Guehels, vicario de San Eloy.
M. Bacués, clérigo de San Sulpicio.	M. Guillon, clérigo de San Eustaquio.
P. Bassin, jesuita.	M. Lamazon, vicario de la Magdalena.
MM. Perny y Guerrin, de las misiones extranjeras.	M. de Marsy, vicario de San Vicente de Paul.
PP. de Picpus, Santa, Frezal y Laurent.	M. Besquent, clérigo de San Privast.
M. Juge, limosnero de las Hermanas ciegas.	MM. Gard y Dechelette, seminaristas de San Sulpicio.
M. Amodru, vicario de Nuestra Señora de las Victorias.	

Grande era el peligro para aquellos rehenes que intentaron el sábado por la tarde salir de la Roquette, cuando el más experto de ellos, M. Rabut, comisario de policía, pudo con gran dificultad llegar á su casa, expuesto de continuo á perder la vida. Fué perseguido, al salir de la prision, por varios insurrectos que se proponian fusilarle; burló su persecucion; hiciéronle una descarga, de que salió ileso; mas en seguida se halló cortado entre dos barricadas: le interrogan, le amenazan, recurre á la astucia, y hace creer que es un detenido de la Roquette, puesto en libertad por la Commune. Uno de aquellos ciudadanos exclamó con acento de orgullo: «Conozco en esa fisonomía que este es un verdadero patriota:» de modo que la salvacion de un hombre consistia entonces en tener la suerte de pasar por un bribon. Atraviesa más adelante con ligereza algunas barricadas, mientras sus defensores gritan ebrios dentro de las tabernas ¡viva la Commune! ¡viva la república! Y quédale, por último, atravesar una barricada más, al pasar por el boulevard del Príncipe Eugenio. Allí debió á la

rapidez de su carrera el salir libre de una granizada de balas que sobre él llovían. Reconocido después por el ejército de Versalles, obtuvo un salvo-conducto, con el cual llegó á su casa rendido de emoción y fatiga.

No obstante la retirada de los insurrectos, en cuyas manos debimos perecer, seguíamos en gravísimo peligro mientras las puertas del recinto de la prision permanecieran abiertas; por lo cual interpele duramente á los dos guardianes que nos instaban á que bajásemos, aterrados con la idea de que pudieran volver nuestros verdugos. «No saldremos de aquí, les dije; y si por culpa vuestra nos viene algun daño, toda la responsabilidad caerá sobre ustedes al llegar las tropas de Versalles dentro de breves horas. Cerrad, pues, sin demora todas las puertas de la prision, y no se abran ya sino al ejército de Versalles.» Echábanme en cara con amargura mi obstinacion, funesta, segun ellos, mas cumplieron, sin embargo, fielmente lo que imperiosamente les indicaba: y fué gran fortuna, pues á eso de las seis de la tarde llegó á paso de carga un batallon de insurrectos de cuatrocientos hombres, para apoderarse de la Roquette, lo cual le fué imposible conseguir, ni por la persuasion ni por la fuerza.

El fuego de fusilería, que tan cerca habíamos oido, cesó á las once de la noche; y algunos feroces demagogos nos dirigieron desde fuera desesperadas é inútiles amenazas; pues hacíamos una guardia muy vigilante, y comenzábanse á abrir nuestros pechos á una fundada esperanza. A las tres ménos cuarto oyese de nuevo el fuego de fusilería por la parte de la barrera del Trono: parecen siglos las horas. Una barricada tremenda cortaba por enfrente de nuestra prision la calle de la Roquette: atacada del lado de la Bastilla, habria ofrecido tenaz resistencia, á causa de la pendiente del terreno; pero, gracias al plan admirable de circunvalacion y ataque concéntrico del ejército francés, fueron cañoneados los insurrectos desde las alturas ocupadas por las tropas fieles, y en desórden abandonaron la barricada, apoderándose de la Roquette, á las cinco y algunos minutos de la madrugada, un batallon de infantería de marina (1).

Nuestra resistencia, que parecia una verdadera locura, concluyó por un verdadero milagro: era la gran fiesta de Pentecostés. Y después de cuatro días mortales de la más cruel agonía que imaginarse puede, recobramos la vida y la libertad contra todos los cálculos humanos.

Algunos de los presos gritan: ¡Viva el ejército! ¡Viva la Francia! pero la mayor parte, desvanecidos y trastornados con tan largos insomnios y crueles padecimientos, que lengua humana no puede expresar, obstínanse en creer que nuestros liber-

(1) «28 de Mayo... La brigada Langourian atraviesa la plaza del Trono, marcha por la avenida de Felipe Augusto, cerca la prision de la Roquette, á las cinco de la mañana, y liberta á ciento sesenta y nueve rehenes: por desgracia los insurrectos habian fusilado sesenta y cuatro la antevíspera. (*Parte oficial del mariscal Mac-Mahon acerca de las operaciones del ejército de Versalles.*)

tadores son insurrectos disfrazados con traje de soldados de marina, y comienza entónces entre unos y otros cierta especie de parlamento, en que los presos, más incrédulos que Santo Tomás, sólo ven lazos que se les tienden, y los marinos, con longanimidad y paciencia, sométense á las exigencias y condiciones más pueriles. Se les piden las armas, las banderás, los papeles y los libros del batallon, y tódo lo entregan: mas los presos, ciegos siempre y recelosos, no llegaban á juzgar con certidumbre de la identidad de sus libertadores. Los que no habíamos creído en la existencia de disfraz tan perfecto, nos hallábamos atormentados por cruel impaciencia al ver prolongarse semejante desconfianza, ingrata, en verdad, para aquellos á quienes íbamos á deber libertad y vida; así es que propusimos á nuestros camaradas de cautiverio que nos dejaran salir á nosotros, y que obraran ellos según vieran que á nosotros se nos recibía. Hecho así, al ver que los nobles marinos, en voz de acometernos y degollarnos, vienen á estrechar entre sus manos las nuestras y mostrarnos la alegría que les causaba nuestra salvacion, todos los demas, llenos ya de confianza, salieron á participar de estas cordiales simpatías.

Con gran sorpresa oí que un ayudante de campo del general Vinoy pedía con interes noticias de monseñor Darbois y de M. Deguerry, preguntando: «¿En dónde están?... ¿Cómo se hallan?..» ¡Cuatro días hacia ya que habian sido asesinados por la Commune, é ignorábase aún en Paris y Versalles la espantosa realidad de este crimen! Sabedor el ayudante del grande afecto que profesaba al arzobispo el bravo general Vinoy, me rogó que le refiriese algunos pormenores concernientes á su persona, los cuales comunicó al punto á su jefe y al gobierno de Versalles.

Alrededor de la Roquette todavía se luchaba con encarnizamiento, lo cual nos obligó á esperar más de una hora en el despacho de la alcaldía, en donde en gran desórden hallamos cigarros, cartuchos, fusiles, puñales, proclamas, listas de proscripcion, y órdenes, aún no publicadas, de la Commune expirante.

Un peloton de soldados condujo á la prision á un hombre de extravagantes vestiduras y ademan descompuesto: era el capitán Verig, que desde muchos días ántes habia mandado allí mismo las fuerzas insurgentes, y que con cruel prevision, para el caso de que no llegaran á ser ejecutados los rehenes, habia preparado sesenta bombas Orsini, para hacer volar el edificio con sus propias manos. Este desdichado, que por su frenesí revolucionario se habia hecho temible, fué uno de los asesinos de los seis rehenes sacrificados el 24 de Mayo, y jactábase muchas veces de haber sido el que remató al arzobispo de Paris. Permaneciendo en la Roquette hasta última hora, détenido en el momento de huir, reconocido por los guardias de la prision, llevado ante un comandante de infantería de marina, interrogado por uno de los comisarios de policía que seguian al ejército, é identificada su persona, fué fusilado cerca de nosotros contra el mismo muro interior de la ronda. En el tiempo que tardamos en salir de la prision, condujo tambien la tropa gran número de insurrectos cogidos con las armas en la mano á la pequeña Roquette, para darles muerte:

en su semblante, descompuesto y canegrecido con la pólvora, busqué en vano una señal de verdadero arrepentimiento. Embrutecidos unos, llenos otros de cobarde espanto, eran sus fisonomías muy semejantes á las que en la plaza de Vendome habíanme chocado tanto despues de los fusilamientos del 22 de Marzo, fisonomías propiamente de bandidos desertores, de presidiarios y de facinerosos cosmopolitas.

Precipitóse ante nosotros una mujer gruesa para felicitarnos por nuestra salvacion, en la cual reconocí á la cantinera de la Roquette, á la Rigoulot, que el dia ántes habia llegado á la puerta de mi celda á darme el adios postrero; y al notar en su alegría la índole verdadera de sus generosos sentimientos, no pude ménos de felicitarla en mi interior á la vez por haber conservado en su corazon sentimientos humanos en medio de aquellas bestias feroces de Charonne, Menilmontant y Belleville. Acompañados de una escolta, precedidos de la bandera de Francia, siguiendo todos juntos por las alturas del barrio de San Antonio, por el Jardin de Plantas y por los muelles de la orilla izquierda del Sena, el camino que debia guiarnos á nuestros domicilios, tuvimos que luchar con las más punzantes emociones. ¡Aquí, los boulevares cubiertos de cadáveres de hombres y caballos! ¡Allí, arroyos de sangre al lado de un monton de cartuchos y fusiles rotos! ¡Allá, árboles tronchados, casas agujereadas por las granadas! ¡Los pocos habitantes que hallábamos al paso nos parecian como desesperados y aturcidos! ¡Más léjos, un grito de horror se escapa de nuestros labios, al ver el Hotel de Ville, la Prefectura de Policía, el Palacio de Justicia, la entrada de la calle del Bac, las Tullerías, el Consejo de Estado, el palacio de la Legion de Honor, todo ardiendo ó en ruinas!!... Al confrontar con la calle de los Santos Padres, detienenme, para preguntarme si vengo de la Roquette y si soy jesuita, una señora y un caballero, cuyos rostros conozco, sin recordar sus nombres: buscan ambos noticias del P. Caubert; y les contesto que el viérnes, y en union del P. Olivaint, habia sido fusilado. Á tal nueva, el caballero levanta al cielo sus ojos, y la señora, haciendo un terrible esfuerzo para dominar su emocion, queda consternada. «Delante de vos, dijo el caballero, teneis á la hermana del P. Caubert.» Y el que me hablaba era su esposo, uno de los administradores del ferro-cárril de Orleans.

Hasta el palacio de Bourbon caminé en compañía de los soldados compañeros de mi cautiverio, y estrechando allí fraternalmente su mano, me dirigí por el lado de la Magdalena. ¡Destrozada la plaza de la Concordia! ¡Consumida por el petróleo una parte de la calle Real! ¡En pié, pero acribillada á balazos, la iglesia de la Magdalena y mi propia casa, calle de Ville-l'-Eveque! ¡A nadie conozco! Y, lo que es más extraño, nadie quiere creer lo que anuncian mis labios: la trágica muerte de monseñor Darboy y M. Deguerry. Otro tanto sucede á mis dos colegas, los otros vicarios de la Magdalena; y cuando en el oficio de visperas me dispongo á subir al púlpito para recomendar las víctimas á las oraciones de los fieles, me aconsejan que lo difiera, confiados todavia en que no llegue á confirmarse la funesta noticia. Había-

la yo comunicado ya á más de cien personas, rogándoles que á su vez la transmitieran á los demás feligreses de la Magdalena; y cuando conmovido, pero con sobrias y mesuradas palabras, pido á los fieles congregados al pié de los altares que rueguen á Dios por el pastor de la diócesis y el cura de la parroquia, inicuamente fusilados el miércoles 24 de Mayo en la prision de la Roquette, un grito de espanto y dolor exhaláron todos los corazones; y hombres y mujeres álzanse en confuso tropel, como en actitud de viva protesta, pareciendo que hasta los más graves y circunspectos han perdido el juicio. «¡No ¡no! ¡Imposible tal crimen!» fueron las frases dominantes entre aquéllas que cruzaron por el sagrado recinto.

Ese instintivo arranque de incredulidad en presencia de un ocular testigo, era la más elocuente demostracion del carácter abominable que tenían los atentados de la Roquette: tan natural era esa repulsion instintiva, que tuve que ofrecer á la semana siguiente á un amigo mio de elevada posicion eclesiástica que, para edificacion del público, escribiria una exacta relacion del sangriento drama. Y esto es lo que me apresuro á cumplir en estos momentos, temeroso de que, si pasan dias, yo mismo no daré crédito á lo que he visto y oido.

Nunca Paris habia sentido una emocion tan piadosa, ni vertido tantas lágrimas, como en esta ocasion, en obsequio de las víctimas de la Commune.

CONCLUSION.

De un interesante y elevado trabajo acerca de M. Deguerry, escrito y publicado por el baron Imbert de Saint-Amand, subdirector adjunto en el ministerio de Negocios extranjeros, extracto los pormenores siguientes:

«El cuerpo del cura de la Magdalena, M. Deguerry, sacado de la fosa del cementerio del P. Lachaise, en donde se hallaba confundido con los de las demas víctimas; fué depositado en una capilla ardiente en la iglesia de la Magdalena, y trasladado el 7 de Junio al templo catedral de Nuestra Señora; celebráronse allí solemnes oficios en memoria del arzobispo y de los demas rehenes sacrificados; el ataud del cura de la Magdalena estuvo al lado del de monseñor Darboy; y terminada la ceremonia se le volvió á conducir á su iglesia parroquial, en la que al siguiente dia se celebraron las exequias particulares por su pastor querido. No recuerdo haber asistido nunca á tan magníficos y conmovedores funerales. Aquella solemnidad, militar y religiosa á la vez, era muy adecuada al antiguo limosnero de la Guardia y al sacerdote que habia muerto como un soldado, sobre el campo de batalla de sus deberes. Formada en el atrio de la iglesia se veia una escolta de cazadores: gran número de asistentes eran oficiales vestidos de uniforme, y entre ellos el general Douay y el general Ladmirault. Podrian estos valientes, al saber los pormenores del asesi-

nato de las santas víctimas, haber exclamado como exclamó Cadover cuando San Remigio le refería los tormentos inefabables de la pasión de Jesucristo: « ¡Que no hubiera yo estado allí con mis francos! »

» Toda la iglesia se hallaba colgada de negro, y venían á realizarse estas fúnebres palabras de la Escritura: « ¿No hemos visto perecer á nuestros ojos todo lo que era fundamento de nuestra vida? La alegría y el regocijo, ¿no se hallan desterrados de la casa del Señor?... » Habíanse cubierto con velo de negros crespones sembrados de estrellas de plata el confesonario del párroco, el púlpito desde donde tan frecuentemente edificaba las almas, y el lugar de su asiento en el coro y en el banco de la obra pía de la fábrica.

» Con cirios encendidos en las manos el clero de la parroquia fué á buscar el cuerpo del mártir á la sala baja en donde estaba la capilla ardiente, y dando procesionalmente una vuelta por el exterior, entró despues en el templo. Nadie podía, á la vista del féretro, permanecer inflexible, y ocasion era de recordar para consuelo de aficcion tan grande aquellos versículos de la Biblia: « Las almas de los justos están en las manos de Dios; y no llegarán á dominarlos las angustias de la muerte. A los ojos de los insensatos parece que han muerto; y ellos, sin embargo, gozan de paz eterna. »

No sólo vertían lágrimas de dolor los verdaderos hijos de París en presencia de tantos incendios, ruinas y asesinatos, sino demostraban á la vez el intento de observar más fielmente el Evangelio y resistir con mayor energía á los partidarios del crimen; y daban á entender que comprendían que tales catástrofes venían á abrirles los ojos acerca de la necesidad de una reforma moral profunda. Yo pedía á Dios que no permitiera se desvaneciesen tan buenos propósitos en aquellos corazones.

Estas saludables impresiones las interpretó fielmente el reverendo P. del Oratorio, M. Parrant, al terminar la bella oración fúnebre dedicada á Mons. Darboy el 18 de Julio, en el templo de Nuestra Señora, en presencia del Nuncio apostólico de Su Santidad y de los arzobispos y obispos de Lenz, Beauvais, Orleans, Troyes, Sura, Parian, Chalons y Angers.

« Hoy es necesario, decía, elegir entre Jesucristo y la revolución impía; entre el Evangelio, fundamento único de la justicia social, y las falsas y engañadoras utopias que sólo sirven para multiplicar los desastres y las ruinas. Hoy ha llegado el tiempo de escoger entre los que mueren y los que matan; entre los que matan en nombre de la libertad, de la civilización, del progreso, de la fraternidad universal, y los que mueren como víctimas, imitando á Jesucristo y bendiciendo, como este, á todos los hombres, y amando y perdonando hasta el último suspiro... La muerte de los mártires, como S. Juan Crisóstomo decía, es la ignominia y la condenación del demonio; y es á la vez la confirmación del cristianismo, el fundamento de la confianza de la Iglesia, la escuela de la sabiduría, el origen y manantial de todos los bienes.

» Así es, y así será.

Esas escenas, llamadas con tanta justicia horrible misterio de iniquidad, son, sin embargo, la lógica sencilla y clara del mal llevado á sus consecuencias extremas: son, puestas de relieve, aquellas depravadas doctrinas que no nos inspiraban temor grande mientras se presentaban envueltas en estudiadas fórmulas, y que, no obstante, eran ya, aunque comedido y cortés en la apariencia, un ataque contra Dios, contra Jesucristo, contra su Iglesia; contra los fundamentales principios de la moral y el derecho. El espíritu del mal ha quedado al descubierto, y quitada la máscara, ofrece á la vista toda su fealdad horrorosa. ¡Ojalá sea para su eterna ignominia y su condenacion definitiva!

»Pero la muerte de los mártires es también la confirmacion del cristianismo y el fundamento de la confianza de la iglesia. El cristianismo se ha mostrado en estos dias como era en los primeros siglos de su historia: el mundo ha envejecido; y él no ha cambiado: ¡siempre la misma su fé, su paciencia, su impavidez; su valor humilde y sereno! Todos nuestros mártires se dan la mano y continúan la misma tradicion. ¡Ojalá que ahora, como en tiempo de Tertuliano, fecunden la tierra y preparen cosecha abundante de cristianas virtudes!»

Basta, para arreglar nuestra vida á estos religiosos pensamientos, recordar las escenas funestas que al orador evangélico se los inspiraban. ¡Dos meses de horrores que serán en lo venidero como una trágica leyenda! ¡Montones de ruinas! ¡Arroyos de sangre! ¡Expoliaciones, sacrilegios, arrestos, embriagueces, holganza, orgías de todas clases! ¡Y cual coronamiento funebre escenas indescriptibles, en que compite lo grotesco y ridículo con lo repugnante y odioso!... Tal será en la historia el balance doloroso de la Commune de Paris en el año 1871. A tan funestos resultados debia conducir su programa de renovacion social (1).

A los apóstoles de la Internacional y de la Commune, no puede echarse en cara el haber disimulado su programa: en Junio de 1869, en el gran *meeting* de Charing-Cröss, el ciudadano Vesinier, pensador, escritor y orador de la Internacional entónces, como despues lo fué de la Commune, pronunció un discurso en que definia con claridad extraordinaria el fin social y político que los trabajadores todos del mundo entero debian proponerse.

«Preciso es, exclamaba, vencer ó morir; y para ello es indispensable negar á Dios, á la familia y á la patria. Preciso es sustraer á nuestros hijos del yugo de los sacerdotes, de los reyes y de la nacion, que produce el embrutecimiento. (*Aplausos.*)

»Negar á Dios es afirmar que el hombre es el verdadero y único soberano de sus propios destinos; y matar á un tiempo al sacerdote y á la religion. La negacion de Dios no es en suma sino confirmar al hombre en su poder y su libertad. (*Aplausos estrepitosos.*)

(1) Un periódico de fama universal ha escrito:

«Muchas veces hemos dicho que, segun se organizó la revolucion de la Commune, era uno de los hechos más criminales que registrará la historia.» (*Times.*)

»Negar la familia es afirmar la independenciam del hombre desde la cuna, y arrancar á la mujer de la esclavitud en que los sacerdotes y una podrida civilizacian la tienen sumida (1). (*Fre-
né icos aplausos.*)

»Y en cuanto á la patria, la repudiamos, porque no es dable aceptar que en nombre de ella se degüellen los hombres unos á otros; todos los trabajadores, todos los proletarios, son hermanos; el verdadero enemigo de todos es la sociedad segun se halla organizada. (*Aplausos.*)

»La sociedad es mala y nociva; preciso es cambiarla. ¡Trabajadores de todos los países, á ello! ¡Guerra desapiadada al capital, á la propiedad y á los gobiernos que los protegen! ¡El derecho al trabajo para todos! ¡La propiedad para todos! Tal es nuestro fin. Para llegar á él no omitiremos medio alguno. Si es preciso combatir, combatiremos; si es preciso morir, moriremos bajo los pliegues de la bandera roja, que es el estandarte del socialismo y de la Commune.» (*Entusiastas aclamaciones.*)

Muy frecuentes habian sido en los últimos años del Imperio y durante el sitio de Paris por los prusianos tales amenazas y programas de guerra; y en verdad que no pudieron ejecutarse más fielmente: si de ellos no hicieron gran caso las gentes honradas á quienes iba directa la advertencia que tales predicaciones encerraban, ¿á quién podrán despues atribuir la falta? A nadie pueden despues atribuir la falta; pues gobernantes y gobernados, todos de consuno, tienen culpa en semejante abandono. Cada revolucian se reviste de un peculiar carácter: la de 1793 pretendia eliminar á Dios y á los hombres que repelian su programa; la de 1848 ostentaba aspiraciones socialistas aún no bien definidas; la de la Commune en 1871 logró ultrajarlo todo, mancharlo todo, envilecerlo todo, así con sus inmundos odios como con sus absurdas confecciones: ¿qué ideas y principios profesaba la Commune? No sabiendo su propio pensamiento, dejábase arrastrar de hora en hora, sin meditacion alguna, ya por la codicia, ya por la envidia, ya por la demencia; y no teniendo doctrinas que imponer, y si sólo apetitos que saciar, no recurrió á sentimientos elevados, ni á frases sonoras, ni á sofismas sagaces, sino á los más groseros instintos y á las acciones más bajas y criminales. Tan extravagantes reformadores, enviados por el odio y por el vicio de todos los ángulos de la tierra á desempeñar su apostolado en Paris, no era posible que cayesen en mayor bajeza. ¿Qué ha surgido de su programa? ¡Sangre y cieno! eso y nada más, ¡cieno y sangre!... Intentaron lo que ningun agitador, lo que ningun revolucionario habia osado intentar jamás: conculcar y destruir la idea de la patria. «¡Qué nos importa, decia uno de sus jefes, la suerte de la Alsacia y la Lorena, ni la de Paris y la Francia? Lo que nos interesa es el exterminio de los ricos y de los sacerdotes...» Con igual franqueza exclamaba otro: «¡Qué nos importa la guerra al extranjero? Lo que nosotros queremos es la guerra al capital...»

(1) Sigue aqui, acerca de la mision del padre y la madre, reducida á su última expresion de sencillez, una clinica frase que el pudor no consiente reproducir.

Hé ahí por qué hemos presenciado el triste espectáculo de haberse negado obstinadamente á marchar contra los prusianos, y haberse batido con encarnizamiento contra los franceses. ¡Qué, pues, podia esperarse de esa banda de tumultuosos amotinados, cuya sola vista á lo largo de las plazas y calles de Paris inspiraba horror y repugnancia?

Para mantenerme dentro de los límites que me he impuesto de serenidad y moderacion, deje el pintar con rasgos nada ventajosos, pero muy exactos, la fisonomía de esos grupos á uno de nuestros publicistas que muy de cerca ha podido contemplar tambien la obra de los reformadores de la Commune (1):

«Fijaos, dice, por lo pronto en sus nombres, nombres extravagantes, que ni son extranjeros ni pertenecen á lengua ni nacion alguna. Podria decirse que se han abierto las verjas y las jaulas del Jardin de Plantas y se ha dado suelta á sus habitantes para que recorran nuestras calles. Paris, la culta capital, pregunta azorada:

«¿De dó vienen por uno y otro lado
esos hijos de indómita fiereza,
que en el seno su madre no ha llevado?»

«¿Habeis visto esas tribus de gitanos que parten de las fronteras del Asia, avanzan de campamento en campamento hácia el Occidente, atraviesan nuestras provincias y van á situarse en el País de Gales?... Son los egipcios, los zingaros, esas colonias de gente sin tierra y sin nombre, que duermen al aire libre, preparan su comida á orilla de los caminos, y llevan su patria en la suela de sus zapatos, cuando los tienen. De esta raza son los seres extraños que invadieron á Paris y que hay casi tentacion de contemplar con la curiosidad del naturalista. Debo repetirlo, aunque hiera y ofenda al sentido comun: con semejantes salvajes, que principian por no tener domicilio, ni patria, ni Dios, cuya propia morada es el aduar pasajero ó la movediza cabaña, con esos se intenta hacer una revolucion horrible y exterminadora en nombre de la Commune; es decir, en nombre de la ciudad, del municipio; en una palabra, en nombre de todo aquello que representan los intereses de la vida civil fija y localizada. ¡Qué comedia tan repugnante!... pero á la vez, ¡qué tragedia tan horrible!...»

Nuestros lectores vieron ya al frente de estas páginas las apreciaciones morales del señor obispo de Orleans acerca del carácter y las causas de la revolución de la Commune, apreciaciones de mucho peso para todo hombre sensato; pero no basta ya que las almas honradas presten á ellas su adhesion; es preciso tambien obrar activamente contra el mal que sufrimos. Tal es la opinion de todos los hombres elevados y de sentido práctico que se dignaron alentarme para dar á luz este escrito: el reinado de la Commune lo consideran ménos como lastimoso ensayo hecho

(1) John Lemoine.

en París y en Francia, que como un reto lanzado al orden social entero. Sobre tan grave materia juzgo que se me agradecerá el que revele las ideas de algunos hombres distinguidos por su celo, autoridad y experiencia, haciendo así que preceda la investigación moral de mis lectores á la propia mía.

El representante en Francia de una de las primeras potencias extranjeras me escribió diciéndome que el medio más seguro de hundir y desacreditar y hacer imposibles en adelante los actos de barbarie que han deshonrado el régimen de la Commune, era «presentarlos á la indignacion de la Europa civilizada.»

Varios miembros de la Asamblea nacional y muchos magistrados y sacerdotes de nuestras grandes ciudades, deplorando el daño que los combates y escándalos de la Commune han causado en las provincias; se expresan así: «Sobreexcitados los groseros instintos de los malvados, y lisonjeados los imbéciles con falsas promesas, obedecen ahora á una especie de consigna y hacen esfuerzos para atenuar el efecto moral de los horrores de que París ha sido teatro. Si á los republicanos radicales hubiera de creerse, tales horrores fueron solamente producto de la imaginación perturbada de los reaccionarios; y conviene precaver al público contra estas osadas mentiras y demostrarles con evidencia, á la luz siniestra de los crímenes y locuras de la Commune, el abismo á donde conduce el olvido de Dios y de los deberes del hombre.»

Escribeme tambien lo siguiente un miembro del Instituto: «El trabajo que publicais quedará en adelante como uno de los documentos justificativos del anatema fulminado por la conciencia pública contra las abominaciones que han manchado á París y entristecido tan hondamente nuestros corazones, anatema que esa conciencia pública seguirá fulminando de siglo en siglo. ¿Cómo podrá salir nuestra infeliz patria del abismo de iniquidades de donde surgieron tantos crímenes y desastres? Vos señalais el camino de salvacion, único que nos queda abierto, ¿y no tendrá la Francia la fuerza y sabiduría bastantes para entrar por él y marchar por él resueltamente?... A veces desconfío y desfallezco; mas cuando veo en torno mio tantos elementos de bien, recobro la confianza.»

Un venerable obispo no halla salvacion para Francia y para la sociedad si no es en la union de los hombres honrados y en un regreso formal y serio á las ideas cristianas; pero esos hombres no se hallan sin duda convencidos aún de que á su debilidad y tibieza deba imputarse una gran parte del daño acaecido. ¿Se podrá conseguir que abandonen tan censurable indolencia, y que comprendan los católicos la necesidad de entenderse, de unirse, de presentarse en campo abierto y hacer prevalecer los principios religiosos, únicos que pueden regenerar y salvar las sociedades?

Uno de los más distinguidos profesores de la facultad de letras, que al frente del enemigo desplegó, durante la guerra contra Prusia, infatigable patriotismo, me expresa las observaciones siguientes: «Ahora más que nunca, repito con Vd.: si algo ha de salvarnos es Jesucristo y su Evangelio; mas es preciso querer

enérgicamente la salvacion, porque lo que espanta más es la inaccion en que al parecer han quedado sumidos Paris y Francia despues de riesgos como aquellos que á pique estuvieron de aniquilarnos. Trascurridos apenas dos meses desde la terminacion del régimen vergonzoso en que ha gemido Paris, ¿es concebible siquiera que en las últimas elecciones municipales hayan sonado nombres como los que en ellas se han registrado? Mientras aquellos que de más cerca ó más léjos tuvieron parte en la Commune osen levantar su cabeza, la Francia estará en peligro.»

Los hombres de sentido político en el extranjero han comprendido que la cenagosa revolucion que dominó á Paris amenaza tambien á las primeras ciudades de Europa; y que interesa por tanto á los hombres rectos de todos los países unirse contra la inicua conjuracion cosmopolita de los modernos agentes del mal: así es que un hombre de Estado piemontés, consagrado desde la revolucion italiana á obras de beneficencia y de propaganda moral, me escribe desde Turin: «Con vuestra publicacion habeis hecho un gran bien, y quiero imitaros traduciendo tan útil obra y poniendo á la vista de mis conciudadanos los actos horribles de la Commune, resultado de sus doctrinas depravadas. Paréceme, sin embargo, que la impresion producida por los horrosos acontecimientos de Paris, no raya á la altura de la importancia de estos. No veo que despierten toda la indignacion debida las adhesiones y la aprobacion que por muchos se tributa á la Commune y á sus procederés; y esto, ¿no prueba que el mal se ha infiltrado profundamente en las entrañas del cuerpo social? Desconsoladoras son estas reflexiones, y prueban la necesidad de unir nuestros esfuerzos para hacer el bien y de protestar con toda energia, no sólo en contra de la audacia de los malos, sino en contra á la vez de la inaccion ó indolencia de muchos de los buenos.»

Y no me perdonaria á mí mismo, si omitiera aquí las saludables y varoniles manifestaciones de uno de nuestros generales de division que puso su valor heróico al servicio de la Francia en la guerra contra Prusia y en el segundo sitio de Paris: ¡Ah! si tuviéramos gran número de hombres de ese temple moral, pronto la patria veria cicatrizadas sus llagas: «Preciso es, dice, reformar la educacion de Francia, y devolverle la fé, fundamento de las virtudes; preciso, que todo el mundo trabaje en su puesto, el Gobierno desde el suyo, y á la vez todos los hombres de corazon ó inteligencia. La desmoralizacion en que vivimos acarreará indudablemente la descomposicion social y la ruina definitiva de la pobre Francia, si no somos más pensadores, más asiduos y más modestos, y si no cumple cada uno con su deber de una manera sencilla, generosa. Solo así veremos brillar mejores dias.»

No podemos, pues, decir que nos falten advertencias, tanto de índole social como de carácter religioso. Lo que ahora se necesita es meditar en ellas y convertirlas en manantial de provecho duradero.

Réstame solamente presentar mis propias conclusiones morales; y estas serán breves y sencillas, pues no creo que se necesita insistir demasiado en las grandes enseñanzas que traen consigo catástrofes tan dolorosas. El régimen de la Commune, que se aprovecha de las victorias del enemigo extranjero y de los infortunios de la madre patria para coronar por su parte con crímenes sin nombre aquellos desastres sin ejemplo, es lo más vergonzoso, lo más denigrante, lo más insufrible que imaginarse puede. Las enseñanzas que de ese régimen nefando se deducen son las siguientes:

ENSEÑANZA PRIMERA.

Jamás había descargado la Providencia tan repentinos y ruidos golpes para castigar y advertir á un pueblo; y es por tanto de sumo interes abrir los ojos y mirar cuál grave y extraordinario mal aqueja á la sociedad, para buscar duradero y eficaz remedio; pues si la dolencia la sufren todos, todos á la vez deben procurar los medios de curarla.

Quise á pocos dias de salir de la Roquette recorrer nuevamente los lugares de nuestro cautiverio, con ánimo de referir con más exactitud los sucesos allí verificados durante los dias últimos de la Commune; y hallé cabalmente á uno de los más ilustrados jueces de instruccion del Tribunal del Sena, en cuya compañía visité los más señalados parajes; á saber: los pisos de la cárcel en que organizamos la resistencia á los verdugos de la Commune, el calabozo de Mons. Darboy y la rinconada del camino interior de ronda, en que el asesinato de los seis principales rehenes se habia consumado. Despues condujeron el guardian al calabozo de Troppman, y con tal motivo dije al magistrado del Sena: «Hasta hoy habia creido que criminales del calibre de Troppman, eran fenómenos raros, que de las heces de la sociedad, sólo salian uno por cada cincuenta ó sesenta malos; pero que en vista de lo que presencié en la Roquette, estaba tristemente convencido de que podian contarse en Paris por millares.» Y el juez de instruccion me respondió, que los magistrados que estudian los misterios de esas heces de la sociedad, tienen la misma conviccion que yo manifestaba. Una mirada atenta sobre las diferentes clases del pueblo, en las grandes ciudades francesas, basta para comprobar lo dicho, y dejarnos asombrados del progreso que en veinte años han hecho el vicio, la impiedad y la indisciplina, á impulsos de la continua predicacion demagógica y comunista, que establece y propaga una teórica y práctica de desmoralizacion, como á manera de volcan, próximo á dar un estallido. A la vista de las atrocidades de toda clase á que durante el regimen de la Commune se entregó crecido número de mujeres, ¿quién no ha sentido estupor y repugnancia simultáneamente? No hay sino recordar la actitud y lenguaje de la viuda Leroy, jóven de 21 años, adornada de talento y elegancia, pero cuya educacion se habia refinado en los bailes y en los clubs: segun las declaraciones reunidas en el tercer consejo de guerra y mencionadas

en la audiencia de 18 de Setiembre, esta mujer trabajaba con ahinco por convertir á *ideas más liberales* á aquellas jóvenes madres de familia, á quienes sorprendia enseñando á sus hijos á orar; obligaba á su esclavo favorito Urbano, miembro de la Commune, delegado en la alcaldía del arrabal San German, nada ménos que á fusilar á los hombres y mujeres que no empuñaron las armas en favor de la revolución; se apropiaba las alhajas que consigo llevaban las personas detenidas; invertía el dinero que sustraía de las cajas públicas en comprar extravagantes objetos de tocador y de lujo; y edificaba en fin á sus vecinos con las siguientes exclamaciones: «¡No hay remedio! ha de triunfar la Commune; y si no, ni dejaremos piedra sobre piedra, ni ladrillo en su lugar, y Paris quedará reducido á cenizas: lo incendiaremos todo, para que al entrar los Versalleses, pisen sólo escombros. Y los curas..... ¡Ah! algunos de estos capigorriones han quedado ya en cueros; pero no basta su muerte; ¡es preciso hacerlos tajadas!»

Insensato seria no pensar en el remedio enérgico á tal desorden. Yo veo por todas partes la línea á donde llega la poderosa organizacion de los hombres del mal; ¡pero en ninguna descubro la línea de defensa de los hombres de bien!

ENSEÑANZA SEGUNDA.

Cada cual tiene, mayor ó menor, su parte de responsabilidad en la horrorosa catástrofe que acaba de poner al descubierto tantas llagas de enfermedades materiales y morales; y por tanto cada cual debe darse sus golpes de pecho y tratar de mejorarse. Los demagogos, los obreros turbulentos, la Internacional, las sociedades secretas, las gentes sin oficio, los gobiernos sin moralidad, ciertamente que son grandes culpables, pero no los únicos. Los escritores que en sus publicaciones difunden el veneno de la inmoralidad y el escepticismo; los artistas que en sus obras faltan á las leyes del respeto del pudor y del decoro; los periódicos de la clase media influyente y rica, sólo atentos á la defensa de materiales intereses, y que minan á la vez los principios esenciales del orden moral atacando repetidamente á la Santa Sede, á la Iglesia y al clero; los políticos que en interes de sus cálculos y apetitos de ambicion predicán inconsideradamente el predominio de la fuerza y la violencia sobre la ley y el derecho; los gobiernos de estrechas miras, que imaginan poder pasarse sin Dios y sin leyes divinas para la vida de los gobernados cómo ellos se pasan para la suya propia, todos, todos deben reconocer, detestar y corregir sus grandes errores. Las personas religiosas, el clero de los campos y las ciudades, deben redoblar su actividad y energía para ensanchar y fortalecer su accion bienhechora y alcanzar en la parte de poblacion más trabajada por el vicio y la ignorancia, una actitud más militante y una influencia más decisiva. La salvacion que todos anhelamos sólo á ese precio podrá conseguirse.

ENSEÑANZA TERCERA.

Ha puesto el reinado de la Commune á la vista de todos un número asombroso de malvados capaces de todo linaje de crímenes. Hasta el régimen del terror habria tenido escrúpulos de no respetar los principios elementales de la vida social y del derecho natural que ellos han conculcado. Mil veces más monstruosas que las ejecuciones del tribunal revolucionario de 1793, son las ejecuciones de la Roquette, sin instrucción de causa, sin juicio preliminar, sin discusión alguna. Entonces tuvimos en los Danton y los Robespierres, una copia más ó ménos aterradora de los Catilinas de la antigua Roma; y en 1871 hemos tenido en los Raoul Rigault y los Ferré los Catilinas de las alcantarillas y los sumideros. Urge, pues, armar la sociedad con una represión legal proporcionada á los peligros que la amenazan.

El tercer consejo de guerra encargado de juzgar á los miembros de la Commune, ¿puedese decir que haya correspondido enteramente á esa necesidad social?... Mi respeto á la *cosa juzgada* no ha de llegar hasta el punto de motejar al público porque no comprende cómo ha podido darse sentencia absolutoria ó imponerse penas insignificantes á muchos jefes de la Commune, que, segun palabras desde grande altura pronunciadas, puso á la Francia á dos dedos de su completa ruina, y á la que *El Times* calificaba últimamente como « uno de los hechos más criminales de la historia, » con motivo de las audiencias de Versalles, y á pesar de su poca severidad con personajes tan funestos. Por mi parte, me abstengo gustoso de toda indicacion que pudiera interpretarse como contraria á la ley de perdon y caridad, que como cristiano sacerdote profeso.

Reputo más prudente y de más alcance moral hacer observar que á pesar de juzgarse nuestro pais como el primero del mundo, todo en él estaba enfermo, carcomido, desorganizado: todo por tanto habia menester reforma y restauracion: los espíritus y los caracteres, la vida pública y la de familia, las instituciones políticas y las del ejército, la direccion moral de la sociedad y la del individuo, la administracion civil y la justicia militar; en todos los ramos ha de restablecerse el orden, porque en todos estaba desconocido ó perturbado.

Mas como el orden material ha de tener por fundamento y por apoyo el orden moral siempre, necesario es hacer prácticos y populares ante todas cosas los grandes principios de respeto á Dios, á los demas hombres y á nosotros mismos. Se ha querido establecer la sociedad fuera del punto de apoyo de las creencias religiosas; y hacer leyes, crear instituciones, dar disciplina al pueblo sin el auxilio de la doctrina civilizadora del Evangelio, era asentar el edificio sobre arena movediza. Jesucristo y su Evangelio son y serán siempre luz del mundo y la sal de la tierra: apartar á la sociedad de esta divina y protectora influencia es condenarla al crimen, á la perdicion, á la ignominia. No es dable concebir cómo un político, un estadista, aun siendo incrédulos,

no comprenden que hasta tanto que en París y en las grandes ciudades no halle el hombre del pueblo un principio moral de fuerza y de consuelo en la fé, en las prácticas religiosas y en los premios imperecederos de la vida futura, contra el espectáculo tentador de la desigualdad de fortunas y de posiciones sociales, y de los goces y ocioñidad de los felices del siglo, no podrá haber para la sociedad ni seguridad ni reposo.

LAMAZOU.

Terminamos hoy la importantísima narración de los hechos principales de la *Commune* de París, que vinieron á señalar por espantosa manera el principio y el fin de aquel régimen infernal de odio y exterminio, que tan desastrosas huellas ha dejado en la que ayer se llamaba capital de Europa, cuyos sufrimientos servirán de lección elocuente y tremenda á las presentes y futuras generaciones. La descripción, sencilla y conmovedora, de M. Lamazou, paciente y valeroso testigo presencial de cuanto refiere, descripción que ciertamente puede llamarse pintura *del natural*, ó trasunto *fotográfico*, pasará como documento precioso á la historia de los tiempos presentes, en la cual no ha de quedar olvidada la negra página de las horribles é impías convulsiones del comunismo en París.

Nuestros lectores tienen, pues, en la sección histórica de este segundo tomo de nuestra Revista, que se termina con el presente número, una lectura interesante, completa, de permanente consulta, exacta y autorizada, acerca del más ruidoso y trascendental suceso acaecido en las naciones de Europa en el presente siglo.

La profunda sensación producida en Francia y en todo el mundo por la publicación de este escrito, y el puesto que para el porvenir le señala su índole y estilo, y la autoridad y competencia que dan al autor sus propios sufrimientos, justifica la preferencia que le hemos dado sobre otras materias, para cumplir, como procuramos hacerlo en todo, los ofrecimientos relativos á nuestra Revista. Otros asuntos, no ménos interesantes, sucederán al que hoy se concluye: y trataremos, con igual esmero que hasta ahora, de que el favor y adhesión del público á nuestra seria y honrada empresa en *defensa de la sociedad*, y sobre todo de la sociedad española, sean remunerados, como lo merecen, con la solicitud perseverante de que juzgamos que deben por nosotros hablar nuestras obras.

EL DIRECTOR,

CÁRLOS MARÍA PERIER.

CRÓNICA Y VARIETADES

DOS ODAS Á NAPOLEON

Ha vuelto á conmovér la atención pública un nombre, que tantas veces en este siglo la ha conmovido, *Napoleon*, al descender al sepulcro, después de grandes triunfos y mayores desgracias, el que se llamó tercero de este nombre. Lo más digno, más elevado, más independiente y libre de toda servil adulación y de todo ruín encono, que al nombre de Napoleon I se ha escrito, es la oda en italiano del célebre Alejandro Manzoni. Su inspiración enérgica, su nervio y sobriedad de estilo, su pureza y dignidad de sentimientos, su gran sentido cristiano, excitaron la admiración del mundo á la caída del gran coloso.

Y no conocemos, entre las varias que existen, una traducción de más mérito y perfección, hasta por la igualdad exacta de metro y extructura, que la de la eminente escritora Micaela de Silva, nuestra compatriota.

Nuestros lectores juzgarán con ambas odas á la vista.

C. M. PERIER.



IN MORTE DI NAPOLEONE



IL CINQUE MAGGIO

ODE

El fu: siccome immobile,
dato il mortal sospiro,
stette la spoglia immemore
orba di tanto spiro,
così percossa; attonita,
la terra al nunzio sta;
muta pensando all'ultima
ora dell'uom fatale,
né sa quando una simile
orma di piè mortale
la sua cruenta polvere
a calpestar verrà.

Lui sfolgorante in soglio
vide il mio genio, e tacque;
quando con vece assidua

EN LA MUERTE DE NAPOLEON



EL CINCO DE MAYO

ODA

¡No existe ya!... cual quedase,
dado el postrer aliento,
frio el cadáver, pálido,
sin voz, sin movimiento;
así, al oírlo, atónito
el universo está.

Piensa en las horas últimas
del imperial coloso,
duda que huellas similares,
que nombre tan famoso,
entre sus fastos bélicos
un hombre deje ya.

Le vi en el solio espléndido
la púrpura ceñirse;
vi su poder tiránico

cadde, risorse, e giacque,
di mille voci al sonito
mista la sua non ha:

vergin di servo encomio
e di codardo oltraggio
sorge or commosso al subito
sparir di tanto raggio,
e scioglie all'urna un canticò,
che forse non morrà.

Dall'Alpi alle Piramidi,
dal Mansanare al Reno,
di quel sicuro il fulmine
teneva dietro al baleno;
scoppiò da Scilla al Tanai,
dall'uno all'altro mar.

Fu vera gloria? ai posteri
l'ardua sentenza; nui
chiniam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in lui
del creator suo spirito
più vasta orma stampar.

La procellosa é trepida
gioia d'un gran disegno,
l'ansia d'un cor, che indocile
ferve pensando al regno,
e'l giunge, e tiene un premio
ch'era follia sperar.

Tutto ei provò; la gloria
maggior dopo il periglio,
la fuga, e la vittoria,
la reggia, e il triste esiglio,
due volte nella polvere
due volte su gli altar.

E si nomo: due secoli,
l'un contro l'altro armato,
sommessi a lui si volsero
come aspettando il fato:
ei fe silenzio, ed arbitro
s'assise in mezzo a lor.

Ei sparve, e i di nell'ozio
chiuse in sì breve sponda,
segno d'immensa invidia,
e di pietà profonda,
d'inestinguibil odio
e d'indomato amor.

ceder, alzarse, hundirse;
y ni al clamor ni al júbilo
quise mi voz unir.

Virgen de encomio sórdido
como de ultraje inmundo,
cuando su estrella fúlgida
ve ya apagada el mundo,
quiere elevar un cántico,
que pase al porvenir.

Del Alpe á las Pirámides,
del Ebro al Rhin, su acero
brilló como el relámpago
del rayo mensajero;
en el Scila, y en Tanais,
del uno al otro mar.

¿Esto fué gloria? Dígalo
el porvenir; la frente
inclino al fallo. Admírese
al Dios omnipotente,
que tan excelso espíritu
en él supo crear.

La procellosa y ávida
sed que al dominio aspira;
el gozo, el ansia trépida,
que un gran designio inspira;
guióronle hasta un éxito
que ni debió soñar.

Probó de todo; gloria,
peligros, defecciones,
la fuga, la victoria,
el trono y las prisiones,
dos veces del pináculo
al polvo fué á rodar.

Tronó su voz olímpica:
dos siglos la escucharon,
y su furor recíproco
oyéndola olvidaron:
dijo su nombre, y árbitro
se alzó sobre los dos.

Vencido al fin el ídolo
lloró la inútil vida:
pavor, envidia, lástima,
venganza desmedida,
odio y amor frenético,
de sí dejando en pos.

Come sul capo al naufrago
l'onda s'avvolge e pesa,
l'onda su cui del misero
alta pur dianzi e tesa
scorrea la vista á scernere
prode rimote in vån ;

tal su quell' alma il cumulo
delle memorie scese :
Oh ! quante volte ai posteri
narrar sé stesso imprese,
e sulle eterne pagine
cadde la stanca man !

Oh! quante volte al tacito
morir d' un giorno inerte,
chinati i rai fulminei,
le braccia al sen conserte,
stelte, e dei di che furono
l' assalse il sovvenir !

Ei ripensò le mobili
tende, e i percossi valli,
e il lampo dei manipoli,
e l' onda dei cavalli,
e il concitato imperio,
e il celero obbedir.

Ahi! forse á tanto strazio
cadde lo spirito anelo ;
e disperò ; ma valida
venne una man dal cielo,
e in piú spirabil aere
pietosa il trasportò :

e l' avvio su i floridi
sentier della speranza,
ai campi eterni, al premio
che i desiderii avanza,
ov' è silenzio e tenebre
la gloria che passò.

Bella, immortal, benéfica
fede ai trionfi avvezza,
scrivi ancor questo; allegrati:
che piú superba altezza
al disonor del Gólgota
 giammai non si chinò.

Tu dalle stanche ceneri
sperdi ogni ria parola:
il Dio che atterra e suscita,

Pierde la fuerza el naufrago,
si lucha el triste á solas,
cuando le arrolla el ímpetu
de las soberbias olas,
que hácia ignorados márgenes
brindábanle á bogar.

Así, cediendo al cúmulo
de mil y mil memorias,
cuando con mano trémula
quiso trazar sus glorias,
sobre las doctas páginas
solia desmayar.

Más de una vez el misero,
al declinar el día,
sobre su pecho, lánguido
los brazos recogia ;
y una ilusion fantástica
le hacía estremecer.

Del campo de las águilas
veía el movimiento ;
sus escuadrones ágiles,
sus trenes, su armamento,
y aquel maodar tan rápido
como el obedecer.

¡Ay! á tamaña pérdida,
¿ qué corazón resiste ?
¿ qué mucho que su cálculo
desesperase al triste?...
Mas nó; que Dios es pródigo
y alivia todo mal.

Por el sendero plácido,
que alumbra la esperanza,
subió á regiones célicas :
y el bien que allí se alcanza
transforma en niebla lúgubre
la gloria terrenal.

Bella, inmortal, benéfica
fe siempre victoriosa,
canta ese triunfo... ¡alégrate!
cerviz más orgullosa
ante la cruz del Gólgota
jamás se doblegó.

Aleja de su fêretro
la detraccion impia.
El Dios que abate al despota

che affanna e che consola,
sulla deserta coltrice
accanto a lui posò.

y al triste salva y guia,
fijó en su tumba el lábaro
que á todos redimió.

ALESSANDRO MANZONI.

MICAELA DE SILVA.

Movimiento católico probado por la persecucion protestante. En Suiza, como en Alemania, el protestantismo persigue al catolicismo: señal cierta de que éste vive potente, y se desarrolla en espíritu y vigor más robusto de lo que los protestantes y racionalistas quisieran.

A la órden de su destierro, el eminente obispo Monseñor Mermillod, especialmente querido y protegido del Papa, contestó con el documento siguiente:

PROTESTA DEL OBISPO DE GINEBRA CONTRA EL GOBIERNO DE SUIZA.

«Nos Gaspar Mermillod, por la gracia Dios y la de la Santa Sede Apostólica, obispo de Hebron, vicario apostólico de Ginebra, ciudadano suizo ginebrino, protestamos en nombre de los derechos de la Iglesia Católica, en nombre de la libertad de las conciencias católicas violadas en mi persona, en nombre de mis derechos de ciudadano libre de la república helvética, contra el decreto de destierro por el que el Consejo federal me arroja fuera del territorio de mi país, sin haberme oído, sin juicio de ningun género y sin que haya violado nunca las leyes ni la Constitución, y sólo por haber defendido la fidelidad al Breve escrito por el Padre Santo en 1849 y á la disposicion del Consejo de Estado del mismo año prometiendo respetar los derechos de los católicos.

»Ante los ataques del gobierno, que desde hace tres años viola los derechos de los católicos, sus instituciones, sus escuelas libres, la jurisdiccion espiritual y la constitucion de la Iglesia, ante las amenazas de cisma impuesto por una mayoría protestante en el Consejo de Estado y en el Gran Consejo, la Santa Sede ha ejercido con modesta mesura su derecho y su deber de defender la fé y las conciencias católicas atacadas, y en esto ni ha violado ningun derecho ni menoscabado el poder civil.

»Obedezco á Dios ántes que á los hombres, y por este acto defiengo la libertad religiosa, la independenciam espiritual de la conciencia violada en mi persona, y me mantengo como jefe espiritual del clero y los católicos del canton de Ginebra. Los bendigo en nombre de Dios y de su Vicario Pio IX que me envia. Bendigo tambien á los que me persiguen y me arrojan fuera de mi país, cuando no les ha hecho más que bien.

»Sólo cedo á la fuerza, y cogido por el cuerpo me dejo llevar, repitiendo en este momento las palabras de mi Maestro nuestro Salvador Jesucristo, que tiene la paz en Ginebra, paz en la verdad y en la justicia.

»Protesto, pues, en presencia de los testigos que abajo firman y del señor Coulin (Juan Jorge), comisario de policia, y de su secretario Emilio Bastian, encargados de la órden de destierro.

»Hecho en Ginebra en mi residencia episcopal con los fondos recaudados por mi, á las doce del dia 17 de Febrero de 1873.

»Gaspar Mermillod, Obispo de Hebron, Vicario Apostólico de Ginebra.»

Este documento está además firmado por los Sres. José Victor Dunoyer, vicario general, Marcos Lany, rector, abate Felix Girard, vicario de Nuestra Señora, A. Calpini, clérigo de Nuestra Señora, A. Duval, ciudadano ginebrino, F. Collet secretario, L. Jeannet, vicario de Nuestra Señora, L. Chavaz, vicario de Nuestra Señora.

En cambio de su destierro Mons. Mermillod recibió el telegrama siguiente, que le habrá servido de gran consuelo, como la carta más adelante inserta:

«Roma 19 de Febrero de 1875.

A Monseñor Mermillod, Vicario Apostólico de Ginebra, en Ferney (Francia), departamento de Ain.

»El Padre Santo, dolorosamente conmovido al saber vuestro destierro, ruega á Dios que os conceda, así como al clero y pueblo ginebrino, su poderoso auxilio; y os envía de todo corazón su apostólica bendición.—*J. Cardenal Antonelli.*»

Pormenores del destierro de Monseñor Mermillod. «Una correspondencia de Ginebra ha dado los siguientes pormenores de lo ocurrido en el acto de comunicarse á Mons. Mermillod la orden de destierro dictada por el Consejo federal suizo:

«El día 17 de Febrero, á las doce ménos cuarto, varios agentes de policía se presentaron en la iglesia de Nuestra Señora y comunicaron la orden de destierro á Mons. Mermillod.

El obispo convocó en el acto al clero, y á presencia suya se redactó la protesta, en nombre de sus derechos de ciudadano violentamente ultrajados.

—¿Dónde queréis que se os conduzca? le preguntó el comisario de policía.

—A ninguna parte; deseo permanecer aquí: no cederé sino á la fuerza, y en ese caso podreis conducirme donde os plazca.

El obispo bajó en seguida á la iglesia, donde estuvo largo tiempo prosteronado, besando la tierra y orando con ferviente piedad. Un solo seglar, protestante convertido, se encontraba presente á esta escena, digna de las edades apostólicas.

Todos los sacerdotes lloraban. Monseñor los bendijo, lo mismo que á su servidumbre, y despues salió de su casa, alta la frente, marchando con paso más seguro que el de los agentes que le acompañaban. Varios sacerdotes subieron con él al coche, y fué conducido á Ferney.»

Carta de Pío IX á Monseñor Mermillod. *El Correo de Ginebra* publica un importante documento que por sí solo bastaría para compensar las amarguras que el ilustre Mons. Mermillod está sufriendo con motivo del injusto destierro á que tiránicamente le condena el Consejo de Estado republicano de Ginebra: es la siguiente tierna carta de su Santidad:

«A Monseñor Mermillod, Vicario apostólico.

»Queridísimo hermano en Jesucristo: Os escribo la presente carta el domingo de la Sexagésima, y admiro al Doctor de las naciones que nos traza en breves líneas el resumen de su vida, tejido de tribulaciones y de

santo celo, respecto del Santo Apóstol, y de auxilios y de extraordinarios favores por parte de Dios. A la vista teneis el ejemplo, imitado por vos mismo de la mejor manera posible. Que Dios os asista siempre, venerable hermano, a vos, á todo el Episcopado y á los millones de católicos oprimidos y angustiados, pero, con la ayuda del mismo Dios, nunca vencidos.

»Os bendigo de todo corazon, venerable hermano, á vos y á todo el buen pueblo que dirigís, y á quien siempre encomiendo al Señor en mis pobres oraciones.—Pío IX, Papa.

Del Vaticano, 1873 (23 de Febrero).»

Carta de los obispos de Suiza reunidos en San Mauricio, á MONSEÑOR MERMILLOD:

«Monseñor: Los obispos suizos reunidos junto á los santos sepulcros de los mártires de la legion Tebea, no han querido separarse sin manifestar á V. E. la expresion de sus fraternales simpatías.

»Vuestra causa es la nuestra; vos defendeis los derechos de la Iglesia, la independencia legítima de su autoridad espiritual y la libertad de las conciencias católicas.

«Sostened el santo combate de la fe, trabajad para alcanzar el premio de la vida eterna, á la cual habeis sido llamado á confesar gloriosamente la verdad en presencia de multitud de testigos.»

«Dado en la Abadía de San Mauricio (Valais), el 24 de Setiembre de 1872.—Pedro José, obispo de Sion.—Estéban, obispo de Lausanna y de Ginebra.—Cárlos Juan, obispo de Saint-Gall.—Eugenio, obispo de Basilea.—Estéban, obispo de Bethleem, abad de San Mauricio.—Gaspar, obispo de Antipatris, y en nombre del obispo de Coire.»

Ley suiza contra el clero católico. La injusta ley dada recientemente por los protestantes de Suiza sobre cargos eclesiásticos, dice así:

«Artículo 1.º Los curas y vicarios pagados por el Estado serán nombrados por los ciudadanos inscritos en los registros de los electores cantonales.

Serán revocables.

Art. 2.º El obispo diocesano reconocido por el Estado, puede sólo, en los límites de la ley, hacer actos de jurisdiccion y administracion episcopal. Si el obispo diocesano da, bajo su responsabilidad, sus poderes ó una delegacion de su autoridad á un mandatario, éste habrá de ser aceptado por el Consejo de Estado.

El asentimiento del Consejo de Estado podrá, sin embargo, retirársele.

Las parroquias católicas del canton deben formar parte de una diócesis suiza.

Su residencia no podrá establecerse en el canton de Ginebra.

Art. 3.º La ley determina el número y la circunscripcion de las parroquias, las formas y las condiciones de la eleccion de los curas y los vicarios, el juramento que han de prestar entrando en funciones, el caso y modo de su revocacion, la organizacion de los consejos encargados de la administracion temporal del culto, como tambien de la sancion de las disposiciones legislativas que con todo eso se relacionen.

Art. 4.º Quedan abrogados los arts. 430 y 435 de la Constitución de 1847, y generalmente todas las disposiciones contrarias á la presente ley.»

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL SEGUNDO TOMO

DE

LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

(Segundo semestre: de 1.º de Octubre de 1872 à fin de Marzo de 1873.)

SECCION DOCTRINAL.

	NÚMS.	PÁGS.
Artículo-prólogo del tomo segundo de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, por D. Carlos Maria Perier.....	19	3
La Educacion del obrero, por D. José Leopoldo Fen.....	19	12
La Sociedad sin Dios, por D. Antonio Bravo y Tudela.....	19	22
Clamores de la sociedad, por D. Andres Rebagliato.....	19	28
Sucesos de Jerez, por D. Edmundo Mac-Costello.....	19	57
La Familia, segunda parte, por D. Manuel Alonso Martínez.....	20	49
Continuacion.....	21	89
Continuacion.....	22	129
Continuacion.....	25	169
Continuacion.....	24	209
Continuacion.....	25	257
Continuacion.....	26	297
Continuacion.....	27	351
Continuacion.....	28	377
Continuacion.....	29	417
Conclusion.....	50	462
Los Trades Unions y Lock-out en Inglaterra, por el marques de Bedmar.....	20	60
Conclusion.....	21	99
Respuesta á una carta del Sr. D. Juan Bravo Murillo, por D. Francisco Cutanda.....	20	70
La Cábala científica, carta al Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, por Fernan Caballero.....	21	111
Cartas á un obrero; carta cuarta, por doña Concepcion Arenal.....	21	115
Carta quinta.....	24	254
Carta sexta.....	26	315
Carta séptima.....	52	558
Carta octava.....	54	654
Carta novena.....	55	676
El Delirio de la soberbia, por D. Nicolás Hurtado.....	22	145
Necesaria y eficaz influencia de la mujer, para la reforma de las costumbres, por D. Patricio Aguirre de Tejada.....	22	150
Derecho para hacer lo malo;—contestacion á varias cartas del Sr. D. Francisco Cutanda, por D. Juan Bravo Murillo.....	25	185
Errores peligrosos, por D. Miguel Sanz.....	24	227
Monsieur Mermillod en Santa Clotilde de Paris, por D. Carlos Maria Perier.....	25	267
La Cuestion obrera; discurso de Monsieur Mermillod, obispo de Hebrón, auxiliar de Ginebra.....	25	269
De las coaliciones y huelgas, por D. Juan de Cárdenas.....	25	289
Amo á Dios y soy feliz, por D. Andrés R. de Cela y Andrade.....	26	504
Lo que es y lo que será el cuarto estado; carta á un investigador de novedades, por D. Francisco de Cárdenas.....	27	557

	NUMS.	PÁGS.
El Soldado raso español, por D. Fernando Pulgasio.....	27	562
El Magisterio de la mujer, por D. Ramon Losada.....	28	590
La Navidad, por D. Carlos María Perier.....	28	595
La Indigestion de teorías, por D. Francisco Cutanda.....	29	431
Una fecha inmortal, por D. Pablo Galvan y Murillo.....	29	459
El Sr Bravo Murillo, por D. Carlos María Perier.....	50	457
Qué representa la Internacional con relacion á nuestro social estado, por D. Edmundo Mac-Costello.....	30	485
Juicio de la prensa sobre el Sr. Bravo Murillo.....	51	497
Traslacion de los restos del Sr. Bravo Murillo á Fregenal, su patria.....	31	515
Roma y el Catolicismo, por D. Carlos María Perier.....	31	515
Conclusion.....	52	537
Israel, por D. Abdon de Paz.....	32	532
La Iglesia y los obreros en el siglo XIX, por Monseñor Mermillad, obispo de Hebron.....	33	577
La Iglesia y los obreiros en el siglo XIX, segundo discurso, por Monseñor Mermillad.....	34	617
La Sagrada Biblia, por D. Abdon de Paz.....	34	629
Los Profetas, por D. Abdon de Paz.....	35	657
La Poblacion, por D. Joaquin Maldonado Macunaz.....	36	697
La Verdad cristiana, por D. Antonio Garcia Maceira.....	36	706

SECCION HISTÓRICA.

Manifiesto del Consejo Federal de la region española á los federados y á todos los trabajadores de España.....	19	40
Discurso de Mr. Tolain en la Asamblea nacional francesa en 4 de Marzo de 1872.....	20	78
Ley en contra de la Asociacion Internacional votada por la Asamblea na- cional de Versalles en 14 de Marzo de 1872.....	20	85
Consecuencias del Congreso Internacional de El Haya.—Congreso de «Old Street» en Londres, por el marques de Bedmar.....	21	121
Contestacion al Sr. Marques de Bedmar, por D. Carlos María Perier.....	21	125
Introduccion á las nuevas materias que en esta seccion se publican, por don Carlos María Perier.....	22	160
Profanaciones de la Commune en Nuestra Señora de las Victorias de Paris. Documentos históricos sobre el principio y el fin de la Commune, por el presbítero M. Lamazon.....	22	164
Continuacion.....	23	198
Continuacion.....	24	240
Continuacion.....	25	290
Continuacion.....	26	322
Continuacion.....	27	368
Continuacion.....	28	405
Continuacion.....	29	449
Continuacion.....	30	490
Continuacion.....	31	532
Continuacion.....	32	566
Continuacion.....	33	599
Continuacion.....	34	641
Continuacion.....	35	682
Conclusion.....	36	715
Advertencia final, por D. Carlos María Perier.....	36	734
Documentos socialistas contemporáneos de la region española.....	27	565
Amor de patria.—Heroismo español, por D. Carlos María Perier.....	28	598
Manifestaciones y desarrollos de la cuestion social.— Sesiones del 14 y 15 de Diciembre de 1872 en la Asamblea nacional de Versalles.....	29	445

CRÓNICA Y VARIEDADES

	NUMS.	PAGS.
La Hoja popular.—Sinistro de Cabrejas del Pinar.—Telégrama sobre el Congreso Internacional.—Sinistro del puente de San Jorge.....	19	46
Por la patria, por D. Patricio Aguirre de Tejada.—Premio al patriotismo y al amor á la humanidad.—Roma.—Propaganda internacionalista.—Incendios.....	20	86
Ley americana sobre la santificación del domingo.—Ley americana sobre el petróleo, por D. Carlos María Perier.—Observaciones sobre el sinistro del puente de San Jorge, por D. Carlos María Perier.....	24	126
La Hoja popular.—Historia del comunismo.....	22	169
Himno del corazón, por D. C. M. Perier.—Más consecuencias del Congreso Internacional del Haya.—Justicia militar francesa.—Inseguridad en los ferro-carriles.—Herrereros de Madrid.—Premio merecido.—Zapateros en Santiago.—Obreros en Bélgica.—Carta de Monseñor Mermillo.—La cuestión romana.—Movimiento socialista en Portugal.—Fiesta religiosa en Lourdes y en el Pilar de Zaragoza.—Conferencias de Prusia y Austria sobre la Internacional.—Pérdida irreparable: muerte de D. Antonio Aparisi y Guijarro, por D. Carlos María Perier.....	25	202
D. Antonio Aparisi y Guijarro: apuntes biográficos.....	21	245
Enrique Rochefort: su matrimonio católico.....	24	256
La Hoja popular.—Conferencias sobre la cuestión social.—Honras al ilustre Aparisi.—Reglas sin excepcion, por D. Carlos María Perier.....	25	295
Obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Exposicion de la Liga de propietarios de Valencia.—Memoria sobre la propiedad.—La Internacional en Roma: el pacto romano.—Conferencia diplomática de Berlín sobre la Internacional.—Agitacion en San Fernando.....	26	350
Los enemigos de la caridad: el primer enemigo, por D. Carlos María Perier.—Academia de San Miguel: seccion literaria: publicacion y propagacion de buenos libros.—Epizootia en América y en la Gran Bretaña..	27	372
La Hoja popular.—Saltamientos de ferro-carriles.—Otra defencion de un tren de ferro-carril.—Londres á oscuras por la huelga de los empleados del gas.—Sentencias de los tribunales ingleses contra las huelgas de obreros del gas.—Jefes de la Commune.—Carta sobre la cuestión de Ultramar.....	28	412
Alocucion pronunciada por nuestro Santísimo Padre Pio IX el dia 25 de Diciembre de 1872.—Ayuno federal en Suiza.—Publicacion de las obras del Sr. Aparisi y Guijarro.....	29	455
Muerte de Napoleon III.—Nuevo robo de un tren de ferro-carril.—Congreso internacionalista de Córdoba.—Huelga contra la Exposicion de Viena.—Resultados de las conferencias diplomáticas de Berlín contra la Internacional.—Asamblea católica de Breslau.—Círculo católico de obreros.....	30	495
La Hoja popular.—Últimos pensamientos de Napoleon III sobre la cuestión de Italia.—Nueva publicacion.....	31	536
Últimos instantes de Napoleon III.—Funerales de Napoleon III.—Impresiones morales, por D. Ramon Secade Campoamor.—Modo de propagar la instruccion primaria.....	32	570
Acta notarial de la recepcion, sepelio y exequias de D. Juan Bravo Murillo, por D. Wenceslao José Corballo.—D. Francisca Paez de la Cadena, por D. Nicolás Hurtado.—Eleccion del padre Zeferino Gonzalez para la Academia de Ciencias morales y políticas.—Los internacionalistas en Portugal.—Commemoracion de la toma de Granada.—Movimiento católico en Inglaterra.—Nuevo plebiscito á favor de M. Thiers.....	35	505
Ecos de provincias: Tarrasa, por D. José Prats.—Sucesos de Montilla, Montijo y Sanlúcar.—Propaganda de inmoralidad.—La <i>Semana Católica</i> de Sevilla.—Persecucion del gobierno prusiano al catolicismo.—Libertad		

	NÚMS.	PÁGS.
religiosa en el nuevo imperio alemán.....	54	652
Los enemigos de la caridad: el segundo enemigo, por D. Carlos María Perier.....	55	691
El Sr. D. Lorenzo Arrazola.—Nuevos comunistas.—Pío IX á las damas romanas de la Asociación de María.—La Hoja popular.....	35	694
Dos odas á Napoleón.—Movimiento católico probado por la persecucion protestante.—Pormenores del destierro de Monseñor Mermillod.—Carta de Pío IX á Monseñor Mermillod.—Carta de los obispos de Suiza, reunidos en San Mauricio, á Monseñor Mermillod.—Ley suiza contra el clero católico.....	36	755

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA HOJA POPULAR

APENDICE Á «LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD»

(que se imprime aparte y se da gratis)

1.º de Octubre de 1872.

Lo que va de «el dar» á «el tomar», por A. G.....	5.º	1.ª
El Valle del Molino.—Juana y María, por C. M. P.....	»	2.ª
Adagios, refranes y locuciones proverbiales.....	»	4.ª

1.º de Noviembre.

Diálogo entre un obrero y un internacionalista, por H. M.....	4.º	1.ª
Historia de Andresillo, ó el Comunismo visto por dentro, dedicado á las clases trabajadoras, por J. V.....	»	5.ª

1.º de Diciembre.

Historia de Andresillo, conclusion, por J. V.....	5.º	1.ª
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.....	»	6.ª

1.º de Enero de 1873.

La Navidad, por C. M. Perier.....	6.º	1.ª
El Soldado raso español, por F. Fulgoso.....	»	2.ª
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.....	»	3.ª
El Jilguero y el pez, úbula, por C. M. P.....	»	4.ª

1.º de Febrero.

Los Ensabonados.—Felipe y Antoñuelo, por C. M. P.....	7.º	1.ª
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.....	»	5.ª
Por la patria, por P. A. de T.....	»	5.ª

10 de Marzo.

Los Maestros severos son los mejores, ó Quien bien te quiera llorar te hará, por F. D. G.....	8.º	1.ª
Sentencias de Salomón, por A. de P.....	»	4.ª
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.....	»	4.ª

